

# 100

## ELENINOS DICEN





Se prohíbe estrictamente la comercialización de los ejemplares financiados con recursos del Fondo Nacional de Desarrollo Regional F.N.D.R. 8%, año 2025, de este producto.

**Proyecto:**

“100 Eleninos dicen”

**Diseño Gráfico:**

Diseños Muu.

**Ilustración y diagramación:**

Romina Espejo Figueroa.

**Entrevistas, redacción y fotografías:**

Daylinne Tabalí Zamora.

**Dirección de proyecto:**

Jean Buisan Puelles.

Carolina Elgueta Delgado.

Mauricio Cobos Zenteno.

**Gestor territorial:**

Cristian Garrido Garrido.

**Periodista:**

Johan Rojo Vallejos.

**Impresión:**

Publicidades Kazam SpA / 200 ejemplares.



MARIA | ELENA

1926

2026

TEATRO

# Prólogo

María Elena es un territorio que respira historia. Cada calle, cada lugar y cada familia guarda un relato que, con el paso del tiempo, se convierte en memoria colectiva viva de la pampa salitrera. En este lugar único, donde la identidad se ha forjado entre el sol, el viento, el trabajo y la comunidad, nacen las voces que dan vida a "100 Eleninos Dicen".

Este libro no es solo una recopilación de testimonios: es un homenaje al pasado, una fotografía del presente y un puente hacia el futuro. Cada historia aquí narrada conserva la esencia de quienes han levantado este territorio con esfuerzo, orgullo y cariño. Son voces diversas que, desde su propia mirada, construyen un retrato profundo y humano de María Elena.

El propósito de este proyecto es sencillo y poderoso: preservar la memoria de quienes han dado forma a la última oficina salitrera habitada del mundo, dejando un registro que permita a las nuevas generaciones conocer, valorar y proyectar su patrimonio e identidad. A través de estas páginas se reconoce la riqueza cultural, social y afectiva que sostiene a la comuna, mostrando que su historia no solo pertenece al pasado, sino que sigue viva en su gente.

"100 Eleninos Dicen" es un acto de memoria; un recordatorio de que cada voz importa,

que cada experiencia construye comunidad y que la identidad se fortalece cuando es escrita, compartida y celebrada.

Los invito a recorrer estos relatos llenos de vivencias, narrados por quienes no fueron meros observadores, sino protagonistas activos en este legado que hoy celebramos en el marco del centenario. Descubran los ecos de quienes nos precedieron, y encuentren en sus luchas y triunfos un espejo de sus propias vidas en María Elena.

Porque un libro que celebra cien años no solo cuenta una historia: se convierte en la historia

misma. Su futuro continúa con cada nuevo lector que pone en valor este tesoro que recoge lo que 100 eleninos dicen.

A quienes abran este libro, les invitamos a sumergirse en el tiempo y en sus vivencias.

A quienes participaron, les agradecemos por regalar parte de su vida para que esta obra exista.

Y a María Elena, le dedicamos estas cien voces que seguirán resonando por generaciones.



**Carolina Elgueta Delgado**

Directora de Fundación Cultural del Turismo  
Sustentable



*María Elena*  
Rodrigo Maluenda





# Deporte, Salud y Educación

En este segmento conoceremos a 26 pampinos destacados por su aporte a los pilares fundamentales de la sociedad salitrera.

Sus nombres reflejan un legado de compromiso con el bienestar de sus comunidades y familias.

A photograph of Alejandro Pérez, a man with dark hair and a goatee, wearing a grey Spalding t-shirt. He is holding a Spalding soccer ball in his left hand and giving a thumbs-up with his right hand. The background shows a soccer field with other players in the distance under a blue sky with light clouds.

# Alejandro Pérez

Mi infancia en Pedro de Valdivia fue una etapa de felicidad absoluta, llena de vivencias que hoy parecen irrepetibles, pero que forjaron mi identidad pampina. Llegué a María Elena en 1996, en plena juventud; luego me fui un par de años para estudiar, pero mis raíces siempre fueron más fuertes y regresé para formar mi familia y ver crecer a mis hijos, quienes hoy llevan con orgullo la sangre eleanina.

Gran parte de mi vida la he dedicado a devolverle a esta comunidad un poco de lo mucho que me ha entregado, principalmente desde el deporte. De ese compromiso nació el Club Deportivo Maranata, un equipo que formamos con esfuerzo, cariño y vocación, pensando en los niños y jóvenes del pueblo. Maranata fue mucho más que fútbol, fue una escuela de valores, donde enseñamos respeto, compañerismo y amor por esta tierra.

Como presidente y entrenador vi crecer a generaciones completas, representando a María Elena dentro y fuera de la pampa, llevando con orgullo la camiseta y fortaleciendo amistades que perduran hasta hoy.

Para mí, María Elena es un lugar mágico, un verdadero "polvo de estrellas", donde el clima cambia entre el día y la noche, pero el cariño de su gente siempre es el mismo. Soy un agradecido de esta tierra y sé que el día que me toque partir la extrañaré profundamente. Somos pampinos, guardianes de una herencia única, y tenemos el deber de mantener vivo el brillo de María Elena para las futuras generaciones.



# Ana Cabrera

Soy directora del Liceo Técnico Profesional Científico Humanista y profesora de Lenguaje. Una pampina, nacida en la oficina Victoria, cerca de Iquique. A los 15 años me fui a Antofagasta a estudiar y luego continué en la Universidad del Norte, donde pude formarme gratuitamente.

Llegué a Pedro de Valdivia para un reemplazo y ahí comenzó mi vida como profesora, clases en buses vacíos, en galpones improvisados, en salas que aún no existían, pero siempre con cariño y ganas de enseñar. Cuando Pedro cerró en 1996, fuimos trasladados a María Elena. Recuerdo la barraca donde armamos las salas, más allá de la línea del tren. Fue una odisea, pero también una época hermosa, llena de estudiantes, especialidades y esfuerzo colectivo.

Nunca me he arrepentido de ser profesora; es la identidad que me sostiene y que nadie me puede quitar. Agradezco todo a Pedro de Valdivia y a María Elena. Aquí me formé y aquí terminaré mi vida profesional. Mis exestudiantes, de distintas generaciones, siguen escribiéndome; ellos son el verdadero reconocimiento, el que permanece más que cualquier premio.

A los jóvenes y a las futuras generaciones les pido que no pierdan la identidad pampina: saludense, conózcanse, colaboren. Este es un pueblo pequeño, y su fuerza está en la unión. El pampino nunca olvida su pampa, y mientras mantengamos ese espíritu, María Elena seguirá viva muchos años más.

A portrait of Camila Rosales, a young woman with long dark hair, wearing glasses and a brown top. She is smiling slightly and looking towards the camera. The background is a blurred outdoor setting with a red and white striped canopy and silhouettes of people and horses.

# Camila Rosales

Tuve el privilegio de nacer y crecer en María Elena. Pertenezco a una de las últimas generaciones que vieron la luz en este hospital antes de que la maternidad se cerrara para siempre. Aunque el estudio me llevó lejos por un tiempo, la tierra siempre llama; regresé por motivos laborales para reencontrarme con mis raíces y con la tranquilidad que solo este desierto sabe entregar. Guardo con infinito cariño mis años de escuela y liceo, espacios donde comencé a definir quién quería ser, rodeada de amistades que se transformaron en familia.

Hoy, desde mi quehacer profesional, tengo la oportunidad de aportar a la comuna trabajando estrechamente con los adultos mayores, acompañándolos, ayudándolos y escuchando sus historias. En ellos he encontrado una fuente viva de aprendizaje y legado.

María Elena no fue diseñada originalmente para ser un hogar, sino un campamento de trabajo, pero fueron nuestras familias las que transformaron el salitre en vida. En este centenario me siento orgullosa de ser testigo de nuestra historia. Llevamos en la sangre el esfuerzo de quienes fundaron este pueblo. No perdamos la unión ni el legado que nos dejaron; sigamos construyendo este hermoso camino, sin olvidar nunca quiénes somos ni de dónde venimos, con el orgullo de ser eleninos como motor de nuestro futuro.



# Cristian Maluenda

Soy un elenino de 33 años, nacido y criado en esta pampa que me vio crecer recorriendo cada uno de sus rincones. Mi infancia estuvo marcada por una libertad que hoy parece lejana, juegos interminables con amigos, nos tomábamos las calles para jugar, tardes sobre los techos y un entorno comunitario donde todos se cuidaban. Guardo con especial cariño los retablos navideños, tradiciones que unían a los vecinos y llenaban de vida nuestras calles.

En mis primeros años practiqué fútbol y béisbol, pero fue a los 14 años cuando el básquetbol llegó a mi vida para quedarse. Desde entonces no solo lo practico, sino que lo estudio y lo enseño, convencido de que el deporte es una herramienta formadora de valores. Inspirado por la historia del baloncesto local y por referentes destacados a lo largo de la historia pampina, comprendí que en María Elena siempre ha existido talento.

Aquí logré fundar el Club Warriors del Sol, un espacio creado para formar personas, entregar oportunidades a niños y jóvenes y representar con orgullo a la comuna.

Al cumplirse 100 años de María Elena, mi anhelo es ver una comunidad más participativa, con apoderados comprometidos y lazos sociales fortalecidos. Soy un agradecido de mi tierra y seguiré trabajando para que las nuevas generaciones se sientan orgullosas de ser parte de esta pampa.

A portrait of César Venegas, a man with a beard and mustache, smiling. He is wearing a dark jacket over a blue polo shirt. The background is a blurred indoor setting with light-colored walls and ceiling fixtures.

# César Venegas

Nací en María Elena y crecí mirando la pampa desde mi casa, sin saber que ese paisaje silencioso marcaría mi camino. Con el tiempo me convertí en profesor de Historia, pero también en un buscador incansable de respuestas sobre el lugar que me vio crecer. Volver a María Elena no fue solo regresar a casa, fue volver con preguntas, con la necesidad profunda de entender quiénes somos y de dónde venimos.

Mi interés por la historia pampina nació en los archivos, en los documentos olvidados, en cementerios abandonados y en relatos que nadie había querido confirmar. Descubrí que muchas verdades estaban ocultas o confundidas, como el origen del nombre de María Elena, antes Coya Norte, y el largo proceso que dio forma a esta pampa salitrera. No busqué mitos, busqué certezas, fechas, registros, huellas reales de nuestra historia.

Comprendí que María Elena no es solo una ex oficina ni una comuna más, es una construcción cultural diversa, marcada por migraciones, encuentros y diferencias. También entendí que hoy atraviesa un momento complejo, donde falta cuidado, identidad y proyección. Pero sigo creyendo en su potencial. Creo profundamente que el futuro de María Elena depende de nosotros, de involucrarnos, de crear cultura propia, de no conformarnos.

Esta tierra aún ofrece calma, espacio y oportunidades. Conocer nuestra historia es el primer paso para respetarla, cuidarla y proyectarla. María Elena puede seguir escribiendo su historia, si decidimos hacerlo juntos.



# Delia Godoy

En esta pampa salitrera crecí, formé mi familia y construí mi vocación de servicio. Mi infancia fue sencilla y feliz, marcada por el esfuerzo de mis padres, por la vida en comunidad y por esos pequeños grandes momentos que hoy atesoro, los juegos en la calle, las celebraciones en familia, la plaza llena en los desfiles y el orgullo de pertenecer a un pueblo unido.

Salir a estudiar fue un desafío, pero siempre tuve claro que mi lugar estaba aquí. Volví como kinesióloga y en María Elena desarrollé mi vida profesional durante más de treinta años, acompañando a personas, familias y generaciones completas. Aquí crié a mis tres hijos, con sacrificio, trabajo y mucho amor, y gracias a esta comunidad hoy son profesionales, personas íntegras y comprometidas.

María Elena me entregó trabajo, tranquilidad y sentido de pertenencia. Hoy sigo aquí, atendiendo a adultos mayores postrados, apoyando a cuidadores y visibilizando realidades que muchas veces no se ven. Este trabajo me llena el alma, porque servir también es una forma profunda de agradecer.

Todo lo que soy y todo lo que tengo se lo debo a este lugar. Cuidemoslo, valoremos su historia y sigamos fortaleciendo, para que nunca pierda su esencia. Aquí quiero quedarme para siempre, porque esta es y siempre será mi amada casa.

# Diego Ríos



Mi carnet de identidad lleva con orgullo el sello de esta tierra extrema y desafiante, pero profundamente formadora. Aquí crecí con una infancia libre y sencilla, marcada por el compañerismo y esa identidad pampina que solo se vive en este desierto. Para formarme como profesor de Educación Física, me fui a vivir a Antofagasta, el cambio fue rotundo; extrañaba la esencia de mi pueblo. Por eso, al terminar mis estudios, supe que debía volver, mi objetivo era aportar a mi comunidad y retribuir todo lo que María Elena me había entregado.

Hoy, desde las aulas del liceo, siento que ese propósito se ha ido cumpliendo, ha sido gratificante recibir tanto cariño por parte de mis estudiantes y de la comunidad. Mi labor no solo se ha limitado al deporte. A través del cheerleader y el baile he encontrado una poderosa herramienta de expresi-

ón, disciplina y trabajo en equipo, fomentando la confianza, la identidad y el sentido de pertenencia en las nuevas generaciones.

Estas actividades también se han convertido en un puente para el rescate patrimonial, integrando la historia local, la cultura pampina y el orgullo por ser parte de la última salitrera activa del mundo. He aprendido de mi familia, especialmente de mi padre, el valor del compromiso social.

En este centenario de María Elena es tarea de todos, valorar su historia, cuidarla y proyectar su futuro. María Elena siempre será mi hogar, mi escuela y mi mayor inspiración.

A photograph of Francis Carvajal, a young woman with long, wavy brown hair, wearing a white and black striped long-sleeved shirt. She is smiling slightly and looking towards the camera. The background is a bright, sunny outdoor setting with a white building and a church tower visible in the distance.

# Francis Carvajal

Nací en María Elena, en esta pampa que marca para siempre a quienes la conocen. Aquí comenzaron mis primeros recuerdos, mi infancia, los juegos, las fiestas, el polvo en la piel y esa sensación única de libertad que solo se vive en este lugar. Luego la vida me llevó lejos, a Arica, donde crecí, estudié y me formé como persona y profesional, rodeada del mar, del valle y de una familia amorosa que siempre me sostuvo.

Sin embargo, aunque mis pasos se alejaron, mi corazón nunca dejó del todo esta tierra. Con los años viajé, trabajé y conocí otros rincones de Chile, pero María Elena seguía apareciendo en mis pensamientos, como una pregunta pendiente. Volver no fue un viaje planeado, fue una oportunidad laboral que se transformó en un reencuentro profundo. Aquí encontré estabilidad, tranquilidad y un sentido de pertenencia que no se explica, se siente.

La pampa, el aire, los atardeceres y ese calor tan particular me recordaron quién soy. Hoy mi vida está aquí, junto a mi nueva familia que he formado. Agradezco a María Elena por su calma, por su gente y por hacerme sentir nuevamente en casa.

María Elena no solo es un punto en el mapa, es un sentimiento y una historia viva. Hay raíces que nunca se rompen y tierras, como María Elena, que se llevan para siempre en el corazón.

A photograph of a man with dark hair and a mustache, wearing a black t-shirt, holding a white and black soccer ball. He is standing in what appears to be an indoor sports facility with a wooden wall and a red metal railing in the background. The name 'Francisco Tapia' is overlaid on the left side of the image in a large, bold, dark blue font.

# Francisco Tapia

María Elena es el lugar donde nací, crecí y donde aprendí a soñar sin necesidad de irme lejos. Desde pequeño el deporte fue mi motor, y el baby fútbol marcó mi infancia, observando con admiración a los más grandes jugar en la pampa. Con el paso de los años, ese deporte fue desapareciendo y quedó una sensación de vacío, como si una parte de nuestra identidad se hubiera apagado.

En 2022, junto a un grupo de amigos, decidimos reunirnos para organizar algo sencillo, un campeonato de verano, sin imaginar todo lo que vendría después. Ese primer intento fue el verdadero punto de partida. Al ver la respuesta de la gente, entendimos que no era solo fútbol, era la necesidad de volver a encontrarnos como comunidad. Así nació la idea de crear una liga que representa nuestras raíces, rescatando los

nombres de las antiguas oficinas salitreras y devolviéndoles vida a través del deporte.

El camino no fue fácil, hubo dificultades y falta de recursos, pero la convicción fue más fuerte. En 2023 logramos formar la Asociación Laboral de Baby Fútbol, levantada con esfuerzo y muchas horas de trabajo. Hoy, ver las canchas llenas de familias y generaciones completas confirma que todo valió la pena. Mientras exista compromiso e identidad, seguiremos avanzando y demostrando que en esta pampa laten sueños que se niegan a desaparecer.



# Ivette Gutiérrez

Soy psicopedagoga y profesora diferencial, profundamente apasionada por la innovación, la educación y el servicio a mi comunidad. Aunque nací en Antofagasta, debido a que mi madre esperaba mellizos, mi corazón y mi vida entera pertenecen a María Elena, el lugar donde me crié y donde he decidido permanecer, incluso después de formar mi propio hogar.

Siempre me ha motivado innovar y emprender. Desde esa convicción han nacido los proyectos Sembrando Futuro y Tinta Pampina, creados junto a mis estudiantes, con el propósito de transformar la realidad desde el aula y demostrar que la educación puede ser una poderosa herramienta de cambio social. Para mí, María Elena no es solo un territorio, sino un espacio de colaboración, resiliencia y crecimiento constante.

En este centenario, mi mensaje es un llamado a cuidar, proteger y valorar nuestra identidad. El pampino es resiliente, es “busquilla” y tiene la capacidad de encontrar soluciones donde otros solo ven dificultades. Por ello, es fundamental que madres y padres inculquen en sus hijos el orgullo de pertenecer a esta tierra y reconozcan todo lo positivo que nos ha entregado.

Sueño con una comunidad unida, diversa y colaborativa, que valore su historia y viva el verdadero orgullo pampino en cada acción.



# Jacqueline Godoy

Si hoy miro hacia atrás, veo una vida construida paso a paso entre la pampa, la educación y el servicio a los demás. Nací en la oficina Alemania y, aunque el destino me fue llevando por distintos lugares, María Elena terminó convirtiéndose en ese espacio donde todo cobró sentido. Llegué como profesora, en tiempos de cambios, cuando la educación también se iba transformando, y sin darme cuenta me quede aquí para siempre. Aquí formé mi familia, crié a mis hijos y aprendí a valorar la tranquilidad, el respeto y la vida comunitaria que caracterizó por años a este lugar.

La docencia fue siempre mi motor. No solo enseñé historia, geografía o educación cívica; también orienté, acompañé y contuve. Fui profesora, orientadora, inspectora, directora subrogante y, muchas veces, una segunda madre para quienes necesitaban apoyo. Cada alumno dejó una huella

en mí, y yo espero haber sembrado confianza y sueños en ellos.

Tuve además la oportunidad de servir como concejala durante dos periodos, impulsada por la convicción de trabajar por el bien común, sin distinciones, poniendo siempre a las personas en el centro. A María Elena le agradezco la vida que me permitió construir, las personas que conocí y las historias que compartí.

Mi mayor deseo es que las nuevas generaciones valoren este lugar, cuiden su identidad y sigan proyectando su futuro sin olvidar la riqueza de sus raíces pampinas.



# Jimena Huerta

Llevo casi sesenta años en esta tierra pampina, donde mis padres, provenientes de Tocopilla y Ovalle, decidieron radicarse por trabajo y formar nuestra familia. Crecí junto a mis cinco hermanos en una infancia profundamente feliz, marcada por los juegos interminables en la calle, sin que el sol fuera un impedimento, y por el valor de compartir en familia cada comida y cada conversación.

María Elena me formó como persona y como profesional. Salí solo para estudiar, pero siempre supe que mi lugar estaba aquí. Regresé para trabajar, formar mi familia, criar a mis hijos y hoy disfrutar de mis nietos. También aquí viví momentos difíciles que fortalecieron mi fe y mi vocación de servicio, valores que aprendí en mi hogar y en la iglesia, y que hoy intento transmitir a quienes me rodean.

Actualmente, como jefa de la Unidad Técnica Pedagógica de nuestra escuela básica, miro con nostalgia y orgullo la historia de esta comuna en su centenario. Me duele ver que a veces nos cuesta saludarnos, siendo vecinos, cuando fuera de aquí nos reconocemos como hermanos por compartir este origen pampino.

Mi mensaje es una invitación al cariño y al cuidado mutuo: volvamos a sonreírnos, a saludarnos y a ser empáticos. María Elena no es solo un lugar, es el hogar que llevamos en el corazón. Cuidémosla y hagamos de ella un mejor lugar para las nuevas generaciones.

A portrait of Juan Vallejo, a middle-aged man with dark hair, a beard, and glasses, wearing a light-colored button-down shirt. He is standing in a classroom with yellow walls and a whiteboard in the background. The name 'Juan Vallejo' is overlaid on the left side of the image in a large, dark blue font.

# Juan Vallejo

La pampa fue mi primera escuela, el lugar donde aprendí que el trabajo dignifica y que nada se regala. Vengo de una familia numerosa, nueve hermanos nacidos entre las oficinas de Vergara y Pedro de Valdivia, formados en una cultura de esfuerzo que marcó nuestras vidas para siempre. Como uno de los menores, tuve la oportunidad de continuar estudios y elegir una vocación que me acompañaría toda la vida, la docencia.

Ser profesor de Física no fue una casualidad, sino una elección consciente. He dedicado más de cuarenta años de mi vida profesional a esta tierra, desde que llegué en 1985 como reemplazante hasta convertirme en parte de su historia cotidiana. Aquí formé mi familia, vi crecer a mis hijos y acompañé a generaciones de estudiantes, entendiendo que enseñar va mucho más allá de una sala de clases y que educar también es formar personas.

Hoy, al mirar este camino recorrido y en el marco de los 100 años de María Elena, solo puedo agradecer. Agradecer a la pampa, a las personas que confiaron en mi labor y a cada estudiante que pasó por mi sala y dejó una huella.

Mi historia está hecha de esfuerzo, vocación y pertenencia, y queda entrelazada para siempre con la historia de este lugar que, incluso en su dureza, supo formar vidas y futuros.



# Luis Suárez

Nací en Antofagasta en 1957, pero mi historia pampina comenzó realmente en 1960, cuando junto a mi familia llegamos a la oficina José Francisco Vergara. Tras el cierre de ese campamento, mis padres y mis nueve hermanos, diez en total, criados entre esfuerzo y sacrificio, nos trasladamos a María Elena, al pasaje Experiencia. Allí viví una infancia sencilla pero intensa, donde aprendí el valor de la unión familiar, el respeto y el trabajo, principios que me han acompañado toda la vida.

En 1974 ingresé a trabajar al hospital, sin imaginar que ese lugar se transformaría en mi casa por 49 años de servicio ininterrumpido. Comencé como aseo y, con entusiasmo y perseverancia, fui asumiendo distintas labores, fui portero, repartí leche en el consultorio frente al teatro y, con el tiempo, descubrí mi vocación en el área de la salud. Gracias a la práctica, el compromiso y la acreditación,

logré desempeñarme en Rayos X e imagenología, acompañando a muchas familias pampinas en momentos decisivos de sus vidas.

En María Elena conocí a mi esposa, me casé y formé una familia que es mi mayor orgullo. Aquí nacieron mis hijos y aquí aprendí a equilibrar trabajo, vocación y amor. He visto cambiar el paisaje, del salitre a las plantas solares, pero no el espíritu de este pueblo.

En su centenario, solo puedo decir con gratitud: ¡Viva María Elena!.

A photograph of Marina Oyarzún, a long-haired woman with glasses, in a white and red athletic uniform, crouching on a reddish-brown running track. She is looking towards the camera. The background shows a stadium with a large white roof structure under a clear blue sky.

# Marina Oyarzún

Llegué a María Elena cuando tenía apenas nueve años y, aunque no nací aquí, esta tierra me adoptó para siempre. La pampa, el sol, el viento y el silencio se transformaron en mi hogar, en ese lugar que no me deja marcharme, aunque a veces lo intente. Aquí aprendí a pisar firme, a resistir y a entender que pertenecer no siempre tiene que ver con el origen, sino con el corazón.

Correr apareció temprano en mi vida, casi por casualidad, y se quedó para siempre. No fue solo un deporte, fue refugio, libertad y una forma de sanar el alma. Corrí sin recursos, muchas veces sola, pero siempre con una convicción profunda. Aprendí a perder y a ganar conmigo misma, a entrenarme y a creer cuando nadie más lo hacía. Representar a María Elena y vestir sus colores naranja y negro fue un orgullo que me gané corriendo, porque nada me fue regalado.

Fui la “provinciana” que un día le ganó a las mejores, la niña que entrenaba en un estadio de tierra y la mujer que llevó el nombre de su pueblo a campeonatos regionales, nacionales y mundiales. Nunca corrí para vencer a otros; corrí porque correr siempre fue mi forma de respirar. María Elena es una escuela de carácter, esfuerzo e identidad. sé que mientras esta pampa siga latiendo, una parte de mí correrá eternamente junto a ella.



# Mario Faúndez

Llevo casi treinta años trabajando en el liceo de María Elena, desde su inauguración en 1996. Mi historia personal y familiar está profundamente ligada a esta pampa. Mi bisabuelo llegó en los años treinta, primero como empresario de transporte y luego, tras caer en la miseria, como panadero. Mi abuelo creció aquí, mi padre nació en esta tierra y hoy soy el último Faúndez que permanece en la comuna, cargando una memoria que atraviesa generaciones.

De niño nunca quise irme de vacaciones; prefería quedarme en María Elena, porque aquí la vida era más entretenida que en cualquier ciudad. Este lugar me formó y me enseñó el valor de la vida comunitaria, de sentirse parte de algo colectivo, una identidad que hoy, con nuevas realidades llegando, necesitamos volver a reconstruir.

En estos cien años, ser pampino se vuelve una pregunta necesaria: ¿qué nos hace únicos? Antes existía un orgullo profundo por pertenecer a la pampa; hoy debemos replantearnos esa identidad para proyectarnos hacia el futuro. Desde la sala de clases he visto pasar generaciones de jóvenes y he comprendido que la educación también es una forma de cuidar la memoria.

El desierto tiene belleza y magia, pero hay que saber mirarlas. Como en “El Principito”, debemos aprender a descubrir lo que está oculto. María Elena no es solo pasado, es un territorio vivo, lleno de potencial y proyecciones futuras.



# Miguel López

Soy un deportista que creció entre los campos de juego de esta pampa querida. Mi historia está ligada a la época de oro del deporte en María Elena, cuando nació una nueva generación bajo la mirada de grandes equipos locales. A los 13 años, el béisbol me permitió vivir un sueño que jamás imaginé, salir de mi pueblo para representar a Chile en Sudamericanos en Argentina y Perú, llegando incluso hasta Tokio, Japón, para jugar un mundial.

Recuerdo que en ese entonces era tan pequeño que ni siquiera quería volver, pero lo que más atesoro es la satisfacción inmensa que pude entregarle a mi padre, un hombre humilde que vio en mis logros el fruto de su esfuerzo. Aunque el talento me permitió destacar también en fútbol y básquetbol, y ver a mi hermano seguir mis pasos como seleccionado chileno, mi lugar siempre ha estado aquí.

Para mí, cada día en María Elena es un recuerdo valioso. Nuestra gente es sana, es humilde y lleva el deporte en las venas. En este centenario hay que seguir tirando para arriba el deporte. María Elena es el último pueblo que queda con esta esencia única y maravillosa, y por eso volví, porque no me canso de contarle a quien no conocen esta tierra, lo increíble que es mi pampa.

Sigamos adelante, fomentando la actividad física en nuestros jóvenes, porque el deporte es vida y siempre ha sido el motor que mantiene latiendo gran parte del corazón de nuestra comunidad.



# Pablo Araya

Mi historia nace en la pampa, en la oficina salitrera Pedro de Valdivia. Con los años trabajé en la empresa, pero la música, heredada de mis padres, siempre fue mi refugio y mi vocación más preciada, llevándome también a participar en distintas bandas y agrupaciones que marcaron mi camino y mi identidad pampina.

En 1996 llegué a María Elena, un cambio que no fue fácil, pero que con el tiempo se transformó en un nuevo hogar. Este pueblo me abrió los brazos y me permitió ejercer como profesor, haciendo clases de música a muchas generaciones de niños y jóvenes. Enseñar se convirtió en una misión de vida, formar grupos, compartir escenarios y acompañar procesos artísticos llenos de sueños y esfuerzo. En el liceo, en el teatro y en cada espacio comunitario, la música fue un puente para crear lazos, fortalecer identidades y transmitir valores.

Aquí formé academias, batucadas y conjuntos que aún siguen vivos en la memoria y en el corazón de quienes fueron parte de ellos.

María Elena me regaló amistades sinceras, reconocimiento y la oportunidad de sentirme parte de una historia colectiva. Hoy miro hacia atrás con gratitud y emoción. Mi mayor deseo es que las nuevas generaciones cuiden esta tierra, respeten su pasado y comprendan que la pampa no solo es desierto, sino también memoria, cultura y alma. Porque mientras exista música y recuerdo, el alma de María Elena seguirá viva en nosotros.



# Pamela López

Soy profesora de Lenguaje y Filosofía. Llegué al norte cuando tenía apenas un año, viviendo primero en Coya sur y luego, en 1974, llegando definitivamente a María Elena para reunirnos con mi padre, que ya trabajaba aquí. Más tarde pude estudiar Pedagogía en La Serena, donde conocí a Mario, también de María Elena, con quien formé mi familia. En 1998 volvimos a esta pampa a trabajar, y desde entonces seguimos aquí.

Lo que más agradezco es que mis hijos se criaron libres, con una infancia y juventud tranquila, algo que en la ciudad casi no existe. Aquí hicieron lazos, corrieron sin miedo, vivieron en comunidad. La familia y la tranquilidad son, para mí, lo más valioso de María Elena.

He hecho clases a medio pueblo, y siempre digo que a veces vale más un ex alumno que la plata,

los encuentras en cualquier rincón de Chile y siempre te saludan con cariño. Esa es la magia de vivir en un lugar donde todos nos conocemos. A mis estudiantes siempre les he enseñado que antes de ser profesionales hay que ser buenas personas.

Y que valoren esta tierra, porque cuando uno se va, es cuando más la extraña, su sol, su gente, esa vida comunitaria que nos hace familia. María Elena es distinta, tiene otro encanto, y eso es lo que debemos cuidar.



## Rodrigo Poblete

En 1984 nací en el hospital de este pueblo que marcó mi vida desde el primer día. Mi historia ha sido un recorrido constante por las mismas calles que me vieron crecer; desde el jardín infantil hasta el liceo, cada rincón de María Elena guarda un pedazo de mi camino. Aunque el estudio me llevó a la Universidad de Antofagasta para formarme como profesor de Biología y Ciencias Naturales, mi meta siempre fue clara, regresar para devolverle a mi tierra todo lo que me entregó.

Aquí no solo construí mi vocación, también formé mi familia. Desde el aula y junto a otros docentes, he impulsado proyectos educativos, científicos y comunitarios que nacen de las necesidades reales de nuestro entorno, buscando siempre que los niños y jóvenes crean en sus capacidades y en su futuro. No hay nada más gratificante que caminar por la calle y sentir el saludo de mis alumnos; en

ese gesto sencillo confirmo que la educación deja huellas que perduran.

Amo el calor de nuestra pampa y la unión de su gente. Científicamente se dice que en este desierto más árido no debería existir vida. Sin embargo, María Elena es la respuesta viva que si se puede, aquí hay comunidad, hay esfuerzo y hay esperanza.

En este centenario, sigamos caminando unidos, desde quienes han forjado su historia hasta quienes recién comienzan a escribirla, para que la **Capital del Sol** continúe brillando con fuerza.



# Virginia Luza

Llegué aquí siendo muy pequeña y fue este pueblo el que me vio crecer, jugar, equivocarme, aprender y formar mi identidad. Aquí entendí el valor de la familia, de la vida en comunidad y de una infancia compartida en las corridas, en los juegos y en las actividades que nos unían como pueblo. María Elena me regaló una niñez libre, activa y sociable.

El deporte fue una de mis grandes escuelas de vida. Desde el atletismo, pasando por el fútbol y llegando al básquetbol, encontré un espacio donde forjé mi carácter, aprendí disciplina, trabajo en equipo y amor por lo que hago. El básquet se transformó en mi pasión y también en un compromiso con la infancia. Así nació **Pampa Basket**, una escuela que comenzó como una semilla y que hoy acoge a niños desde muy pequeños, con el sueño de formar no solo deportistas,

sino también personas con valores, mentalidad positiva y sentido de pertenencia.

La música y la cultura también marcaron mi camino. A través del hip hop pude expresar lo que sentía, y en el baile chino encontré una herencia familiar que me conectó con mis raíces, la espiritualidad y la historia de esta tierra.

Hoy, como educadora, deportista y portadora de tradición, trabajo con la infancia convencida de que cada niño tiene un talento único. Agradezco a María Elena por darme identidad, fuerza y la certeza de que aquí se forman personas con un corazón distinto.

# Personas con Historia Pampina

Los pueblos se construyen gracias al aporte de personas comunes, que desde su propio camino han forjado una historia de esfuerzo y sacrificio. Su entrega deja frutos valiosos y enseñanzas que dan identidad y sentido a la historia pampina.





1926

MARIA | ELENA

2026



# Adiel Andrade

Aunque mi origen está en la oficina Pampa Unión, que cerró poco antes de mi llegada, el destino me trajo a María Elena a los 23 años. Recuerdo mirar por primera vez este paisaje y pensar con total seguridad: “vengo solo por un año”, porque no era un lugar agradable a la vista. Pero la pampa no se revela de inmediato, con el tiempo, sus encantos invisibles, la gente, su vida sencilla y la cordialidad comenzaron a atraparme sin darme cuenta. Hoy, 44 años después, sigo aquí, habiendo dedicado casi toda mi vida al servicio público en la Municipalidad.

Mi historia es también la de muchos que se dejaron cautivar por el salitre. Viví la transición de los años 80, el paso por SQM y luego mi regreso definitivo al municipio, donde trabajé hasta jubilar. La pampa me regaló amistades, familia, el fútbol y la posibilidad de ver cómo este campamento se

transformó en un verdadero hogar. Me emociona recordar hitos como la construcción de la piscina municipal, que resistió incluso el terremoto de 2007, demostrando la fortaleza de lo que aquí se construyó.

A veces el pueblo se entristece por la partida de familias, pero mi mirada sigue siendo positiva. En este centenario, mi legado es la convicción de que la pampa debe seguir existiendo. María Elena tiene historia, infraestructura y una resiliencia única. Soy un hombre que aprendió a amar el desierto y a agradecer cada año entregado a esta tierra que terminó convirtiéndose en mi lugar en el mundo.



# Anyelina Marín

Mi vida ha estado ligada a la fe, al servicio y a María Elena. Nací en Limahuida, cerca de Illapel, y llegué a la pampa siendo niña, cuando mi padre se estableció en Coya Sur buscando un mejor futuro. El 12 de mayo de 1981, tras el cierre de esa oficina, llegamos a María Elena, un lugar que con el tiempo se transformó en mi hogar definitivo.

Siendo niña, veía cómo mis vecinas se arreglaban para salir y, por curiosidad, un día las seguí sin decir nada en casa. Así llegué por primera vez a la iglesia, me senté entre otros niños y sentí algo especial que me hizo querer volver. Aunque mi familia no era cercana a la vida parroquial, ese primer paso marcó el inicio de un camino de fe que nunca abandoné y que me llevó a prepararme sola para mis sacramentos.

Hace más de veinte años sirvo como secretaria parroquial, registro bautizos, matrimonios, primeras comuniones y confirmaciones, resguardando libros que guardan la historia espiritual de generaciones completas desde los inicios de María Elena. He vivido momentos de dolor profundo, pero mi relación con Dios me dio la fortaleza para seguir adelante.

En los cien años de María Elena, mi llamado es a rescatar el respeto, la comunicación y los valores que sostienen a nuestras familias y a nuestra comunidad.



Desde muy niña aprendí lo que significaba el esfuerzo y la constancia. Mi infancia transcurrió en la oficina Coya Sur, donde viajar en tren para ir a la escuela era parte de la rutina y donde compartir lo poco que había fortalecía los lazos familiares y comunitarios. Crecí en un entorno sencillo, marcado por el sacrificio de mis padres, las tradiciones, las fiestas religiosas y la vida solidaria entre vecinos, valores que me acompañaron para siempre.

Con el tiempo llegué a María Elena, el lugar donde terminé de crecer y echar raíces. Aquí conocí el amor temprano, formé mi familia y aprendí a salir adelante en tiempos difíciles, como durante las huelgas, cuando la unión y la solidaridad del pueblo eran fundamentales para resistir y seguir de pie.

María Elena también me dio trabajo y oportuni-

des. Comencé desde abajo, aprendiendo con esfuerzo cada oficio, hasta lograr levantar la Pensión Ariela Flores, un espacio que fue hogar, sustento y apoyo para muchos trabajadores. Cada paso estuvo lleno de aprendizaje, perseverancia y gratitud. Hoy miro mi historia con orgullo.

Agradezco a esta tierra por el valioso sentido de familia y por permitirnos, especialmente a las mujeres, crecer y salir adelante. La pampa me formó, me fortaleció y me dio identidad. María Elena es, y siempre será, parte de mi vida.

A close-up portrait of an older man with a serious expression, looking directly at the camera. He has short, graying hair and is wearing a light-colored t-shirt. The background is blurred, showing what appears to be a wooden structure, possibly a stadium or a workshop.

# Artemio Olivares

Mi historia comenzó un 15 de agosto de 1958, en una casa del sector Sargento Rebolledo, en mi querida María Elena. Aquí nací y aquí he decidido quedarme, siendo el único de siete hermanos que optó por custodiar nuestras raíces pampinas. En la comuna muchos me conocen simplemente como “Memo”, un nombre que me identifica y que refleja la cercanía y el cariño construido a lo largo de los años.

Mi vida ha transcurrido entre estas calles, la plaza, la escuela, la biblioteca y cada rincón donde siempre encontré amistad, respeto y comunidad. Nunca he tenido problemas con nadie, porque creo profundamente en el diálogo y en el buen trato entre vecinos.

El deporte ha sido el motor de mi vida y la forma más sincera de aportar a mi pueblo. Fui monitor

y formador en tres escuelas de fútbol, donde trabajé con niños y jóvenes, enseñándoles no solo a jugar, sino a respetar, a esforzarse y a soñar. Verlos crecer, entrenar y atreverse a probar suerte fuera de la pampa ha sido una de mis mayores satisfacciones, aunque siempre les inculqué que el verdadero triunfo está en la constancia y la disciplina. También he servido a María Elena desde distintos trabajos y oficios, siempre con orgullo y compromiso.

En este centenario, les pido que cuidemos nuestro pueblo, sigamos unidos, mantengamos la sencillez que nos define y apoyemos a nuestros niños para que el deporte y los valores sigan siendo el corazón de nuestra comunidad. María Elena es mi hogar, donde los amigos son familia y donde deseo que la buena vida nos acompañe por muchos años más.



# Benildo Farías

Mi historia comenzó un 20 de mayo de 1953 en Quelén, un pequeño rincón campesino cercano a Salamanca. Siempre digo, con humildad y una sonrisa, que nací como Jesucristo, en un pesebre, rodeado de animales, porque en esos años la pobreza era dura, pero el amor nunca faltó. Crecí en el campo aprendiendo desde niño el valor del esfuerzo, el respeto y el trabajo honesto, lecciones que ninguna escuela podría haberme enseñado mejor.

Buscando nuevos horizontes llegué a María Elena, aquí he vivido más de 53 años, forjando mi vida como obrero, con jornadas largas y sacrificadas en las minas, enfrentando el sol inclemente, el polvo y el cansancio del cuerpo, pero siempre con la frente en alto. El trabajo era duro, muchas veces silencioso y poco visible, pero fue ese esfuerzo el que levantó familias, sostuvo sueños y dio identi-

dad a esta pampa. Todo lo que tengo lo construí con mis propias manos, guiado por los valores que mis padres me inculcaron.

Hoy, en este centenario, quiero partir agradeciendo a quienes ya no están. Siempre los recuerdo, y cuando me siento a la mesa con amigos, el primer brindis es para ellos, para los que dejaron la vida en esta pampa, trabajando duro y sin descanso. Gracias a su esfuerzo y sacrificio, María Elena sigue viva.

Este aniversario es por ellos, por su memoria y por todo lo que nos enseñaron. Mientras los recordemos, nunca se irán del todo.



# Carmen Bonilla

Nací en el antiguo hospital de María Elena, en esta pampa que mis padres eligieron como hogar cuando llegaron desde el sur en busca de un futuro mejor. Aquí, crecimos como una gran familia de ocho hermanos, aprendiendo desde temprana edad el valor del trabajo, la unión y la solidaridad. Aunque en mi juventud debí partir a Ovalle para estudiar secretariado, María Elena nunca dejó de habitar en mi corazón.

Al finalizar mis estudios regresé para realizar mi práctica en SQM, dando inicio a una vida laboral ininterrumpida desde los 18 años. Con el tiempo, también trabajé en la municipalidad, aportando desde distintos espacios al desarrollo de la comuna y al bienestar de su gente. Este pueblo guarda mis recuerdos más profundos, la infancia compartida, la tranquilidad de sus calles y el orgullo de haber criado aquí a mi hija, hoy arquitecta.

Siempre he sentido que mi misión es servir, colaborando con organizaciones y tendiendo una mano a quien lo necesita. La fe es uno de los pilares de mi vida y se expresa en mi participación en los bailes religiosos, especialmente el Jalaguayo, donde la devoción y la tradición se viven en familia. Hoy, esa vocación de servicio se extiende al amor por los animales, a través de la fundación SOS Animalitos, creada para proteger, sanar y defender a quienes no tienen voz.

Mi vida estará siempre al servicio de esta pampa que amo con el alma.



# Carmen Miranda

Siempre he creído que los lugares también nos eligen. María Elena me eligió cuando aún era una niña y, sin darme cuenta, se transformó en el centro de mi vida, en el lugar donde aprendí a crecer y a compartir. Aunque nací en Santiago, fue esta pampa la que me dio identidad y me regaló una infancia libre, marcada por la confianza, el cuidado mutuo y una tranquilidad que solo con los años aprendí a dimensionar.

La vida me llevó a vivir en la ciudad, donde formé familia y desarrollé mi profesión, pero fue lejos de aquí donde comprendí el verdadero valor de los tiempos pausados, de la cercanía entre las personas y de la seguridad con la que se crían los niños en María Elena. Volver no fue un retroceso, fue una decisión consciente, nacida del amor por mis raíces y de la necesidad de sentirme en casa.

Desde mi vocación como trabajadora social y mi rol como concejala, he podido servir a mi comunidad desde el trabajo en terreno, acompañando a familias y apoyando organizaciones. Cada historia reafirma mi convicción de que aquí la felicidad se construye con poco, con respeto, memoria y comunidad.

Hoy, al acercarnos a los 100 años de María Elena, siento un profundo orgullo de ser parte de su historia y una gran responsabilidad de cuidarla y proyectarla para quienes vendrán, para que sigan encontrando en esta tierra un lugar al que siempre quieran volver.

A portrait of Christian Cisternas, a man wearing a dark baseball cap and a dark polo shirt, standing outdoors in a sunny, natural setting. The background is slightly blurred, showing some greenery and a structure.

# Christian Cisternas

Nací en María Elena y llevo la pampa en la piel. Soy pampino, elenino, hijo de un pueblo pequeño que me enseñó valores enormes, el respeto, la solidaridad y el trabajo en equipo. Fui un niño tímido, callado, de escuela y casa, pero con una infancia libre, de ríos, aventuras y juegos cuando la tecnología aún no nos robaba la conversación.

Todo cambió cuando llegaron las Olimpiadas. Ahí murió el miedo y nació un nuevo Cristian, el que se atrevió a bailar, a expresarse y a descubrir que el talento también se construye. La danza me abrió caminos, me dio voz y me enseñó disciplina. Gracias a quienes creyeron en mí, entendí que nunca es tarde para aprender ni para soñar.

He trabajado en muchas áreas, siempre dando lo mejor, porque creo firmemente que la dignidad está en cómo haces las cosas, no en el car-

go que ocupas. María Elena me formó y por eso siempre vuelvo, para seguir aportando en todo lo que pueda. A las nuevas generaciones de eleninos les quiero pedir que no tengan miedo, que salgan, sean profesionales y regresen a hermostear su hogar.

Aquí hay talento de sobra. Crezcan sin prejuicios, con tolerancia y amor, porque eso es lo que nos identifica como pampinos. María Elena vive en nosotros, y mientras sigamos unidos, seguirá teniendo futuro.

A portrait of Deisy Araya, a woman with short dark hair, wearing a blue patterned vest over a black top and a white lace necklace. She is smiling slightly. The background is dark with some blue elements.

# Deisy Araya

Soy una elenina de corazón que llegó a estas tierras con apenas dos años desde la oficina José Francisco Vergara. Mi historia está tejida con el rigor y el amor de una crianza antigua. A los doce años perdí a mi padre, y desde ese momento me convertí en el pilar de mi madre. Recuerdo las madrugadas frente a la tabla de planchar, subida en una banquita para alcanzar las sábanas de la empresa, trabajando codo a codo con ella hasta el amanecer para que mis hermanos pudieran estudiar.

Aunque eso significó repetir cursos en el liceo y sacrificar mi propia juventud, no me arrepiento; esas horas de esfuerzo fueron mi mejor escuela de vida. Para mí, María Elena es nostalgia pura. Extraño la alegría de las retretas en la plaza, donde la banda tocaba horas para las familias que paseaban durante las tardes. Siento que hoy nos

estamos quedando pocos pampinos de cepa y me duele ver cómo esa mística se diluye.

Mi mensaje en este centenario es para los jóvenes, los hijos de pampinos que aún están aquí, son ustedes quienes deben proponer y actuar. No esperen a que los viejitos les digan qué hacer; entreguen sus ideas para que las tradiciones no mueran. Sueño con que María Elena recupere su esencia colaborativa y que el legado de esfuerzo que nos define no se pierda entre lo moderno.

Soy una mujer orgullosa de sus raíces, que aprendió que la verdadera riqueza está en el servicio y en nunca olvidar de dónde venimos.

A photograph of an elderly woman, Doris Garrido, with short grey hair, wearing a light blue patterned shirt. She is sitting outdoors, possibly on a balcony or porch, with a metal railing in front of her. She is looking slightly to the right of the camera with a neutral expression. Her right hand is raised, showing five fingers. The background is slightly blurred, showing some greenery and a building.

# Doris Garrido

Llegué a María Elena siendo muy joven, con apenas 19 años, sin imaginar que este lugar marcaría mi vida para siempre. Venía desde el sur, dejando atrás mi tierra y mis afectos, pero con el corazón abierto y dispuesto. Al principio muchos decían que esta pampa era dura, que no tenía nada, pero yo encontré aquí algo invaluable: tranquilidad, oportunidades y amor. Fue en este lugar donde me enamoré, formé mi familia y decidí quedarme para siempre.

Entre chalets, salitreras y distintas oficinas, trabajé con esfuerzo y dignidad, criando a mis hijos y aprendiendo a valorar cada etapa de la vida. Cociné para cientos de personas, fui parte de escuelas, y durante años fui simplemente "la tía Dori", siempre dispuesta a ayudar, a servir y a entregar cariño. María Elena me dio un hogar, me dio amistades sinceras y recuerdos que guardo con gratitud.

Hoy, después de más de 50 años viviendo aquí, sigo eligiendo este lugar. Aquí he sido feliz, incluso en los momentos difíciles. Aquí quiero quedarme. A las nuevas generaciones les digo que cuiden esta pampa, que la respeten y la quieran, porque vivir en María Elena es un privilegio.

Esta tierra me recibió, me sostuvo y me permitió construir una vida, y por eso le estaré eternamente agradecida.



# Elba González

Nací un 19 de septiembre de 1929, aquí mismo, en María Elena. Mi mamá estaba de paso en el galpón comercial cuando le vinieron los dolores de parto, y desde ese instante mi vida quedó para siempre ligada a esta pampa. Al nacer me regalaron dos ajuares, y con ellos comenzó una historia sencilla, marcada por el esfuerzo y el cariño.

Mis primeros años transcurrieron entre los puestos del mercado. La gente se sentaba en sillas de madera a escuchar música, conversar y compartir de la misma olla. Preparaban todos los comerciantes ollas de chuchoca al fuego, y yo de niña comía bajo los mesones, y dormía sobre una tabla mientras mis papás trabajaban. Así aprendí desde muy pequeña el valor del trabajo. Siguiendo el ejemplo de mi madre crecí en el comercio y con el tiempo comencé a vender dulces en la escuela.

Nunca fui al colegio, pero allí aprendí el significado de las letras gracias a los niños. La escuela fue mi segunda familia. Me casé el 16 de julio de 1958 y tuve cinco hijos. La vida me llevó a Pedro de Valdivia y luego regresé en 1996 a María Elena. Cuando me enfermé un tiempo en Antofagasta, fue la pampa, su sol y su gente, la que me sanó. Hoy miro mi vida con gratitud y orgullo. Nada ha sido fácil, pero todo ha valido la pena.

Pido a los jóvenes que cuiden esta pampa como a un tesoro y, si algún día me recuerdan, que sea con cariño, como la Wely Wely, la señora que vendía dulces en la escuela y que jamás dejó de amar a María Elena.

A photograph of Elizabeth Carvallo, a woman with dark hair pulled back, wearing a black top with a lace-up detail at the neckline. She has a tattoo on her upper chest. She is laughing heartily with her mouth wide open, standing outdoors in a park-like setting with trees and a wooden fence in the background. The lighting is bright and natural.

# Elizabeth Carvallo

Soy una mujer la cual la pampa a marcado su vida. Nací en Pedro de Valdivia, fui la segunda hija de seis hermanos, y desde pequeña aprendí a crecer rápido, asumiendo responsabilidades mientras mis padres trabajaban sin descanso. Mi infancia fue una aventura de libertad, correr con las patas con tierra, lanzarme por los cerros de ripio y disfrutar de esos juegos sencillos que hoy parecen olvidados, pero que guardo como un tesoro muy valioso.

La comunicación siempre fue parte de mí. He sido locutora y animadora de eventos, llevando mi identidad pampina a cada escenario. Estuve viviendo un tiempo en Antofagasta, pero fue en María Elena donde encontré refugio y oportunidades para volver a empezar. Aquí levanté una empresa de eventos, animé generaciones completas y confirmé que mi lugar estaba cerca de

la gente. También soy bombera voluntaria, un rol que asumí desde el compromiso más profundo con la comunidad. En emergencias, incendios y rescates encontré otra forma de servir, de sanar y de reconstruirme. María Elena no solo me dio trabajo; me devolvió la dignidad, la fuerza y el sentido de pertenencia. Hoy digo con orgullo que esta tierra me sanó. Me enseñó que la identidad pampina no se abandona, se honra, se eleva y se lleva con la voz en alto, porque de aquí nacen personas fuertes, solidarias y capaces de volver a levantarse una y otra vez.



# Elizabeth Galleguillos

Mi camino comenzó en Pedro de Valdivia, pero fue María Elena la que me entregó la oportunidad de quedarme, crecer y construir un futuro. La peluquería llegó a mí como un legado familiar. Crecí observando a mi padre ejercer este oficio con orgullo y vocación de servicio, entendiendo que no se trataba solo de cortar el cabello, sino de compartir la vida cotidiana de las personas.

Hace más de veinte años asumí este espacio histórico, una peluquería con más de cien años de vida, donde cada objeto conserva parte del pasado pampino y donde han pasado generaciones completas. Con el tiempo, este lugar se transformó en mucho más que mi fuente de trabajo; es un espacio de memoria, encuentro y afecto. Por eso he procurado mantenerlo intacto, respetando su esencia y su historia.

María Elena me regaló tranquilidad y la posibilidad de formar una familia y criar a mis hijos en un entorno seguro, lejos de los riesgos de las grandes ciudades. Aunque el desierto es duro y la vida aquí no siempre es fácil, siento un profundo orgullo de seguir permaneciendo, cuidando este oficio y esta historia.

Ser parte de la pampa es un compromiso, una forma de hacer patria y de honrar a quienes estuvieron antes. María Elena no es solo el lugar donde vivo y trabajo, es una herencia que llevo conmigo y que espero nunca se pierda.



# Gabriela Letelier

Han pasado treinta y cinco años desde que llegué a este querido pueblo llamado María Elena, la última salitrera de Chile. Cuando miro hacia atrás, solo encuentro palabras de gratitud. Aquí formé mi vida, aquí crecieron mis raíces y aquí crié a mis tres hijos, quienes estudiaron en su escuela, corrieron por sus calles cargadas de historia y hoy son profesionales. En esta tierra encontré mucho más que un lugar para vivir, encontré un verdadero hogar.

Mi trabajo en el Banco me permitió conocer profundamente a la gente de este pueblo, sus sueños, su esfuerzo diario y su manera sencilla y noble de enfrentar la vida. En cada rostro vi reflejada la fuerza del desierto, una esperanza que nunca se apaga y la certeza de que María Elena no es solo un lugar, sino una gran familia extendida. He sido testigo de cómo el tiempo

transforma muchas cosas, pero el espíritu elenino permanece intacto.

Valoren su historia, cuiden su identidad y lleven con orgullo el nombre de este pueblo a donde vayan. No olviden que aquí, entre el salitre y el sol, existe una herencia de trabajo, amor y perseverancia que merece seguir viva. Porque mientras haya corazones que amen a María Elena, esta salitrera seguirá latiendo con fuerza en el alma de Chile.



# Rosario Velasco

Mi historia comienza en esta pampa que me vio crecer y me enseñó a no rendirme. María Elena no solo es el lugar donde nació un 26 de julio de 1966, es el territorio que marcó mi carácter, mis valores y la forma en que enfrento la vida. Aquí viví una infancia sencilla y feliz, entre juegos en la plaza, pies descalzos y una familia unida que aprendió desde temprano que el trabajo era la base de todo. Crecí de la mano de una madre incansable, que sacó adelante a seis hijos con mucho sacrificio.

Luego vinieron los cambios, los traslados, el campo y la escasez, tiempos duros que nunca lograron quebrarnos. Volver a María Elena fue reencontrarme con mis raíces, aunque nada fue fácil, faltaban casas, sobraban necesidades y había que luchar cada espacio. Con el tiempo formé mi familia y entendí que mi camino no era sólo personal.

Sentí la necesidad de ayudar, de organizarme, de levantar la voz por las mujeres y por quienes no tenían oportunidades. Así nació mi compromiso social y el primer comité de vivienda encabezado por una mujer en la comuna. Soy una mujer trabajadora y agradecida. María Elena me permitió criar a mis hijos y salir adelante con esfuerzo.

Esta pampa es mi hogar, mi historia y mi causa, y mientras exista, seguiré cuidándola y defendiéndola.



# Iris Cortés

La vida en la pampa me enseñó que siempre es posible volver a empezar. Nací y crecí en Pedro de Valdivia, un lugar que guardo con cariño en la memoria, hasta que el cierre del campamento nos trajo a María Elena. Dejar atrás lo conocido no fue fácil; significó despedidas, silencios y aprendizajes profundos. Con el tiempo comprendí que este lugar no solo se convertiría en mi hogar, sino también en el espacio donde aprendería a conocerme, a resistir y a fortalecerme como mujer.

Llegué siendo tímida y reservada, con muchas emociones guardadas, y fue aquí donde poco a poco fui encontrando mi voz. La fe, el amor de mi esposo y las distintas experiencias de la vida me ayudaron a enfrentar momentos complejos y a seguir avanzando con esperanza. En la parroquia, acompañando a jóvenes, y en el inver-

nadero terapéutico, descubrí la posibilidad de renacer, de florecer y de darle un nuevo sentido a mi historia personal.

Con los años aprendí a salir adelante de manera independiente, trabajando y emprendiendo desde el esfuerzo propio. Ser parte de las Mujeres del Salitre, fundadas por Sonia Menay, es un orgullo profundo, porque al vestarnos y representar el pasado pampino mantenemos viva su memoria y honramos a quienes nos antecedieron.

Hoy abrazo mi historia con gratitud, porque la pampa me sostuvo y me enseñó que, incluso en el desierto, el alma también florece.



# Joaquín Honores

Cuando me preguntan de dónde soy, no lo dudo ni un segundo, soy de María Elena. Decirlo siempre me ha llenado de orgullo, porque no todos comprenden lo que significa crecer en la pampa. Aquí estudié, aquí nacieron mis primeros sueños y aquí aprendí valores que hoy guían mi vida. Como muchos, tuve que salir para estudiar y conocer otras realidades.

Vivir fuera me permitió crecer profesionalmente, pero también me hizo entender cuánto significaba realmente María Elena para mí. Volver fue una decisión tomada con convicción. Aquí formé mi familia, encontré estabilidad y reafirmé mis raíces, comprendiendo que mi lugar estaba donde me sentía pleno.

Especialmente, desde Bomberos, descubrí una forma concreta de retribuir todo lo que la pampa

me entregó. Ser voluntario implica tiempo, sacrificio y apoyo familiar, pero también una profunda satisfacción, estar disponible cuando alguien lo necesita, sin esperar reconocimiento, solo con la convicción de servir. Hoy agradezco a María Elena por mi familia, mis valores y mi identidad pampina.

Creo firmemente en cuidar nuestra historia, transmitirla a las nuevas generaciones y seguir aportando desde donde me toque, porque esta pampa que me formó seguirá siendo siempre parte esencial de mi vida.

A photograph of Jorge Godoy, an older man with grey hair, wearing a light blue patterned button-down shirt. He is standing outdoors in a park-like setting with trees and a white gazebo in the background. The name 'Jorge Godoy' is overlaid on the left side of the image in a large, dark blue, serif font.

# Jorge Godoy

Cuando me preguntan de donde soy, inevitablemente mi historia se cruza con María Elena. Aunque nací en Tocopilla, fue aquí donde crecí, donde aprendí a hacer raíces y a sentirme parte de algo más grande. La pampa me formó, me enseñó el valor de la comunidad, de la tranquilidad y de las relaciones sinceras que no se pierden con el tiempo. Recorrí otras ciudades, otros países y realidades, pero siempre supe que mi camino me traería de regreso.

Aquí trabajé durante años en distintas áreas de la industria, conociendo el esfuerzo diario de hombres y mujeres que levantan este lugar con constancia y orgullo. Desde el sindicalismo aprendí a defender a los trabajadores y, más adelante, desde la municipalidad, asumí el desafío de servir a la comunidad en momentos complejos, como cuando el terremoto puso en riesgo la continuidad de nuestro pueblo.

No fue fácil, pero la unión y la convicción de todos los pampinos lograron que María Elena no cerrará y siguiera en pie hasta el día de hoy. Formé mi familia aquí, vi crecer a mis hijos y confirmé que este lugar entrega algo que las grandes ciudades no pueden, cercanía, identidad y memoria compartida. María Elena es parte de mi historia, de mis luchas y de mis alegrías.

Por eso sigo aquí, agradecido y comprometido, trabajando para que María Elena siga proyectándose hacia el futuro. Porque esta pampa es parte de mí y de lo que soy, y así será por siempre.



# José Ortiz

Mi historia no estaba pensada para quedarse en el desierto, pero la vida decidió otra cosa. Llegué a María Elena por trabajo, casi de paso, y terminé construyendo aquí todo lo importante. Con el tiempo, este lugar dejó de ser destino y se volvió hogar, uno que me acompañó durante décadas de servicio y también en la etapa más tranquila de mi vida.

Ejercí mi labor con convicción y respeto, entendiendo que la verdadera autoridad nace del trato humano. Nunca quise levantar distancia, sino confianza, y creo que eso se refleja en la forma en que aún hoy me recuerdan. Los encuentros cotidianos, los saludos sinceros y la memoria compartida son el legado más valioso que me deja esta tierra.

Aquí formé mi familia. Me casé, crecí junto a mi compañera de vida y criamos a nuestros hijos en un entorno donde todos se conocen y se cuidan.

Hoy, ver a mis nietos disfrutar de este lugar me confirma que no nos equivocamos al quedarnos. María Elena nos enseñó a vivir con sencillez, a valorar la calma y a fortalecer los lazos familiares.

Hoy miro hacia atrás con gratitud y certeza. Elegí quedarme porque aquí aprendí a vivir sin apuro, a reconocer los rostros y a sentirme parte de algo más grande que uno mismo. María Elena me dio un lugar donde echar raíces, donde mi historia se entrelazó con la de muchos otros, y donde entendí que el verdadero hogar no siempre es donde uno nace, sino donde decide quedarse.

A portrait of an elderly woman with grey hair, wearing a pink and white patterned blouse and a necklace. She is looking directly at the camera with a slight smile. The background is a cluttered room with various items, including a television and colorful fabrics.

# Juana Vallejo

Nací en Pedro de Valdivia en 1954 y guardo de mi infancia recuerdos llenos de alegría, juegos en la calle, puertas abiertas y una tranquilidad que marcó para siempre mi forma de vivir. Me casé joven y junto a mi esposo, Juan Barraza Álvarez, formamos una familia con esfuerzo y cariño. La vida me enseñó temprano a ser fuerte, a levantarme por mis hijos y a enfrentar uno de los dolores más profundos que puede vivir una madre, la pérdida de uno de ellos. También me regaló una nieta que llegó a ser como una hija, devolviéndome luz y esperanza.

El cierre de Pedro de Valdivia fue un golpe muy duro; dejar mi tierra, mis recuerdos y mis raíces me sumió en una profunda tristeza. Llegué a María Elena con miedo, sintiéndome sola y sin conocer a nadie, pero en ese proceso Juan fue mi gran pilar, un hombre trabajador, bueno y siempre presente.

Las manualidades se transformaron en mi refugio y en una forma de sanar, ayudándome a ordenar mis pensamientos y a volver a sentirme parte de una comunidad al integrarme a talleres y organizaciones. Hoy agradezco a María Elena por su tranquilidad y humanidad. Aquí compartimos el pan, el dolor y la esperanza.

Mi mayor deseo es que las nuevas generaciones valoren esta pampa y sus raíces, porque en su sencillez guarda una riqueza inmensa, la de vivir unidos y con el corazón abierto.



# Julia Chaparro

Mi historia en María Elena comenzó hace más de treinta y cinco años, cuando la vida y el amor me trajeron hasta esta pampa inmensa. Llegué con mis hijos pequeños, con miedos, esperanzas y una radio que, sin saberlo, se transformaría en el corazón de nuestra familia. Fue mi esposo, **Arturo Menay Echeverría**, quien inició este camino en los micrófonos, y junto a él aprendí que la radio no es solo un trabajo, sino un servicio, una compañía diaria para quienes escuchan desde sus hogares.

Con el paso de los años, la radio cambió, creció y también nos puso a prueba. La partida de Arturo marcó un antes y un después en mi vida, pero con fe, fuerza y el apoyo de mis hijos, decidí seguir adelante y mantener vivo este medio que tanto significa para nuestra comunidad. Aprendí de controles, de administración y de

perseverancia, porque cuando se ama lo que se hace, no existen imposibles.

Hoy, la radio Nueva Coya FM sigue siendo familiar, cercana y local. Es el sustento de nuestro hogar y también una voz que informa, acompaña y une a María Elena. Me siento agradecida de esta tierra que me lo ha dado todo, trabajo, crecimiento, identidad y raíces. No nací aquí, pero mi corazón es pampino, y mientras exista esta radio, seguiré trabajando con amor, honrando el legado de mi esposo y pensando en el futuro y en las nuevas generaciones que deben aprender a cuidar y querer este pedacito de desierto que llamamos hogar.



# Luis Castro

Nací en María Elena en 1954 y mi vida ha estado siempre ligada a esta pampa que me formó como persona. Crecí en una familia grande y muy unida, donde aprendí el valor del trabajo, el respeto y el amor por nuestras raíces pampinas. Aunque hoy muchos de mis hermanos viven fuera, seguimos compartiendo el orgullo de haber nacido y crecido en esta tierra que nos marcó para siempre.

Recuerdo con especial cariño mi juventud en los años setenta, una etapa llena de participación y sueños. Fui dirigente estudiantil, participé activamente en la iglesia y en los grupos juveniles, disfruté el deporte, los campeonatos y las fiestas que llenaban de vida a nuestra comuna. Comencé a trabajar joven, tanto en María Elena como en Pedro de Valdivia, experiencias que fortalecieron aún más mi sentido de pertenencia.

Hoy, como concejal, sigo agradeciendo a esta comuna por su gente, sus espacios y su historia, la plaza, el estadio, el museo, la iglesia y cada rincón que guarda recuerdos. Quisiera pedirle a las nuevas generaciones que conozcan, valoren y cuiden María Elena. Porque ustedes son el futuro de esta tierra, una tierra con nombre de dama, que merece ser protegida y proyectada por muchos años más.



# Luis Hernández

Aquí crecí, aquí aprendí a amar la calle, los amigos, los juegos eternos de infancia y ese sentido de pertenencia que no se explica, se siente. Esta es mi tierra, el lugar que me formó y al que siempre vuelvo, porque todo lo importante lo aprendí acá. Desde pequeño la música me encontró sin buscarla. A los cuatro años ya estaba entre tocatas, escenarios y grabaciones, escuchando, observando, absorbiendo.

Con el tiempo llegaron los instrumentos, primero el clarín, luego la tuba, la trompeta y finalmente el saxofón. Cada uno se transformó en una verdadera pasión y nuevas formas de expresión. Cada etapa fue un aprendizaje, cada profesor y cada compañero dejaron una huella en mí. La música me llevó a estudiar sonido, a conocer otras realidades, otras bandas y nuevas formas de entender el arte.

Hoy sigo agradecido de cada invitación, de cada escenario compartido y, sobre todo, de la Banda América, que ha sido parte fundamental de mi camino durante más de diez años. A María Elena le debo todo. Por eso siento el compromiso de devolver lo aprendido, de inspirar a los más pequeños, de cuidar y defender nuestro pueblo porque aquí hay talento, memoria y futuro.

A close-up portrait of an elderly man with short, grey hair, looking slightly to the right with a gentle expression. He is wearing a dark jacket over a blue shirt. The background is a blurred outdoor setting with trees and a paved path.

# Mario Barraza†

En María Elena todos me conocen como el Garufa, igual que mi papá que cantaba tangos. Nací aquí y mi infancia fue bonita, recorría los chalets vendiendo diarios, jugaba a la pelota en los callejones, levantábamos volantines y hacíamos trompos con nuestras manos. La vida era sencilla y sana, con buenos profesores en la escuela consolidada América y amigos de infancia.

De cabro ya me ganaba mis monedas en la feria redonda y en el galpón frente a la rayuela pasábamos tardes entre tacatacas, circos y risas junto a mi amigo Pepo. Más tarde llegó la música, sin que nadie me enseñara, el ritmo de la batería me salía del alma. Tocábamos en los bailes y en la plaza, haciendo vibrar la pampa al ritmo de los tambores de la conocida Banda "El Litro".

Lo que más quiero de María Elena es su gente. Aquí todos nos conocemos, nos cuidamos como

familia. Si a alguien le falta para el almuerzo, aparece una mano amiga. Cuando hay un enfermo, armamos beneficios, mesas, rifas, lo que sea, aunque uno no gane ni un peso, solo la alegría de ayudar.

No me arrepiento de haber nacido aquí. Esta oficina es mi casa, donde aprendí oficios, formé amistades y viví feliz con lo justo. Si tienes para comer y alguien que te quiera, ya eres rico. Eso me enseñó María Elena y por eso le estoy muy agradecido.



# Marisol Lucay

Nací en la maternidad de María Elena el 28 de octubre de 1971. Soy hija de padres del norte grande, mi mamá de Arica y mi papá de Iquique. Se casaron muy jóvenes y llegaron a esta pampa buscando futuro. Mi mamá, sola y esforzada, levantó un negocio en la Feria Redonda, donde trabajó por más de veinte años. Luego continuo el trabajando familiar en el restaurant “El Chandy”.

Mi infancia fue sencilla y feliz, jugar a las muñecas, correr detrás de los remolinos y sentir que todo el pueblo era nuestro patio. Aquí crecimos mis hermanos y yo, todos educados en esta tierra. Varias veces me fui, viví en Santiago, Viña y Valparaíso, pero nunca encontré en otro lugar lo que me daba la pampa. Por eso regresé y me quedé, con orgullo de ser una de las que no partió.

María Elena tiene algo que uno lleva en la sangre. Aunque esté aislada y el clima sea duro, aquí existe una unión que no se ve en otros lados. Esa solidaridad me marcó para siempre. Agradezco a esta tierra la vida de mis hijos, la educación que recibimos y la tranquilidad que aún existe.

La pampa es humilde, fuerte y hermosa, y aunque el mundo cambie, debemos cuidar su esencia y decir con orgullo: “Somos pampinos, y esta es nuestra tierra”.



# María Alfaro

Un 24 de marzo de 1955 llegué a la vida en esta pampa salitrera. Mi infancia fue muy linda, llena de juegos y momentos que hoy se extrañan. Recuerdo con cariño los veranos de febrero y el Día de la Challa, cuando el pueblo se llenaba de alegría. Desde niña fui inquieta y porfiada; a los once años me arrancaba a la oficina Vergara para jugar a la pelota, aunque mi mamá después mandara a mis hermanos a buscarme.

El deporte marcó mi vida desde siempre. Jugué baby fútbol, baloncesto y handball, participé en campeonatos y olimpiadas, y aprendí el valor del esfuerzo, la disciplina y el compañerismo. También participé activamente en actividades del pueblo y guardo con especial cariño los momentos en que tuve el honor de salir reina. Con los años no dejé la actividad y hoy sigo participando en la rayuela, un espacio que disfruto

porque me mantiene activa y me permite compartir, conversar y reír.

Formé mi familia en esta tierra y aquí vi crecer a mis hijos y hoy a mis nietos. Compartí 46 años de vida junto a mi esposo, Andrés Concha. Hoy, a mis 70 años, agradezco la vida, el cariño de mi familia, mis amistades y la posibilidad de seguir viviendo en María Elena.

Ser parte de estos 100 años es un orgullo y una responsabilidad, porque la historia de María Elena no solo está en sus calles, sino en quienes la hemos vivido y la seguimos cuidando con cariño y respeto.



# María González

Vengo del sur, de un campo hermoso a 19 kilómetros de Valdivia, donde me crié entre animales, tierra y aire puro. Mi infancia fue dura; quedamos sin madre siendo muy pequeños y, como mi abuela no pudo hacerse cargo de todos, nos repartieron entre distintos tíos. Crecí lejos de mis hermanos y recién hace un par de años pude reencontrarme con algunos de ellos.

Mi llegada a María Elena fue inesperada y cambió mi destino. Tenía solo 18 años cuando una familia extranjera, antiguos trabajadores del salitre, pasó por el campo buscando agua y alimento. Los recibí con lo poco que tenía y me ofrecieron venir a María Elena para trabajar y comenzar de nuevo. Con valentía dejé el sur y llegué al desierto con esperanza. En María Elena formé mi vida adulta. Aquí construí mi hogar, me casé con un pampino y juntos sacamos adelante a nues-

tros hijos, que son mi mayor orgullo. Disfruto compartir con los vecinos, cocinar, cuidar plantas y participar en la comunidad. En esta pampa aprendí a bailar cueca y sigo bailando hasta hoy. Aquí soy muy feliz y me siento inmensamente querida. Aprendí que la felicidad no está en el dinero, sino en los abrazos, en los saludos diarios y en el afecto de su gente. En este centenario, solo puedo decir gracias, en este rincón del desierto encontré la familia, el amor y la paz que la vida me negó en mi niñez.

A close-up portrait of an elderly woman with wrinkled skin and blue eyes, wearing a black headscarf and a dark patterned top. She is resting her hand on her forehead. The background is softly blurred.

# María Román

Llegué a María Elena a mediados de los años 80, sin saber muy bien a dónde venía ni qué me esperaba. Venía desde Santiago, con una vida llena de quiebres, pérdidas y decisiones difíciles. Recuerdo ese primer día como si fuera ayer, el polvo, el silencio, la inmensidad del desierto y esa sensación de estar completamente perdida. No había árboles, casi no había gente, y todo parecía blanco y extraño. Nada era como me lo habían contado.

Fue duro, muy duro, y por momentos sentí que no podría quedarme. Mi historia antes de llegar aquí tampoco fue fácil. Fui criada lejos del cariño que una niña necesita, aprendiendo a sobrevivir más que a vivir. Por eso, quizás sin darme cuenta, seguí buscando un lugar donde sentirme parte de algo. Y fue aquí, en este pueblo en medio de la pampa, donde finalmente lo encontré.

Con el tiempo, aprendí a querer esta vida, a acostumbrarme al desierto, al viento y a la rutina. Aquí me quedé, y aquí sigo. María Elena me dio lo que no tuve antes, preocupación, apoyo y comunidad. Su gente me tendió la mano cuando lo necesité, me cuidó en mis caídas y me hizo sentir acompañada.

Hoy, agradecida, puedo decir que este lugar se transformó en mi hogar. Todo lo que me faltó alguna vez, lo encontré aquí, entre su gente sencilla y solidaria, que celebra la vida de todos y no deja a nadie atrás.



# María Rojas

Llegué a María Elena en 1976, venía desde el Valle del Elqui, criada por mi abuelita, con el corazón lleno de recuerdos y la esperanza de comenzar un nuevo rumbo. El cambio fue fuerte, incluso duro; no había verde ni sombra, solo pampa y silencio, pero había algo más poderoso, una tranquilidad que, sin darme cuenta, se fue quedando conmigo. Aquí conocí al amor de mi vida, formé mi familia y comprendí que de este lugar nadie me movería jamás.

María Elena me regaló comunidad, participación y sentido de pertenencia. Soy parte de juntas, agrupaciones, bailes religiosos y del invernadero terapéutico, donde converso con las plantas y me reencontro con mis raíces de campo, esas que nunca se olvidan. Me gusta estar activa, compartir, sentirme viva; el encierro no es para mí.

También encontré alegría en la rayuela, en viajar representando a la comuna, en reírme de mis propios errores y demostrar que nunca es tarde para disfrutar la vida. Pero lo más grande que me ha dado este lugar son mis hijos y mis nietos, la nueva generación que espero nunca olvide esta pampa salitrera.

Hoy, al ver a María Elena cumplir 100 años, solo deseo que sigamos celebrando su historia con felicidad, orgullo y memoria, porque esta tierra nos marcó para siempre y seguirá viviendo en quienes la amamos profundamente.

A portrait of Miriam Araya, a woman with dark hair, wearing a red t-shirt with the word 'Faith' and a blue graphic. She is sitting in a room with a green wall, a potted plant, and a metal chair in the background. The name 'Miriam Araya' is overlaid in large, dark blue letters on the left side of the image.

# Miriam Araya

Mi historia comenzó en las tierras blancas de Pedro de Valdivia, donde viví una infancia marcada por la unión familiar. La vida nos golpeó temprano con la pérdida de mi madre cuando aún éramos niños, y fue el cariño de mis abuelos y tíos el que nos sostuvo. En la pampa aprendí que la familia y la fe son el refugio en los momentos difíciles.

En 1996, tras el cierre de Pedro de Valdivia, llegamos a María Elena. Pasar de una pampa a otra no fue tan duro, porque el desierto se lleva en el corazón. Aquí he construido mi vida, he visto crecer a mis hijos y he aprendido a valorar la tranquilidad y la solidaridad que caracterizan a este pueblo.

Desde el año 2013 soy presidenta del Taller de Autoayuda La Esperanza, un espacio que na-

ció para acompañar a personas que viven con depresión, crisis de pánico o soledad. A través de las manualidades, la conversación y la fe, hemos aprendido que a veces lo más importante es escuchar y estar presentes. Ver cómo muchas mujeres han logrado salir adelante es una de las mayores alegrías de mi vida.

Para mí, María Elena tiene un valor único. En este centenario, mi llamado es a la unión y al cuidado de nuestro entorno. Sueño con un pueblo más bonito, con más árboles y vecinos comprometidos, porque el amor por María Elena es lo que nos mantendrá siempre en pie.



# Miriam Arias

Mi vida comenzó en otros rincones del norte, marcada por despedidas, mudanzas y nuevos comienzos, hasta que María Elena apareció en mi camino y me ofreció algo simple, pero esencial, estabilidad, silencio y comunidad. Con el tiempo entendí que no se trataba solo de vivir aquí, sino de aprender a caminar al ritmo del pueblo y a reconocerse en los rostros cotidianos.

He participado en distintos espacios comunitarios, talleres y agrupaciones que me enseñaron a compartir y a crear. La artesanía se volvió una forma de expresar lo que somos, especialmente a través del reciclaje y de las hojas de lata, una tradición pampina cargada de historia y respeto. Estas eran las flores que las personas llevaban a sus deudos en los cementerios, hechas con sus propias manos porque en la pampa no había flores que ofrecer.

Cada trabajo requiere paciencia y dedicación, aunque muchas veces ese esfuerzo pase desapercibido. María Elena fue el escenario donde vi crecer a mis hijos, celebré sus logros y recibí la alegría de la llegada de mi nieto. Aquí aprendí el valor de la unión, la ayuda sincera y el compañerismo.

Por eso creo que esta tierra debe cuidarse y proyectarse, es la última salitrera viva. María Elena es una historia que debemos seguir escribiendo juntos, día a día.



# Miryam Paredes

Soy modista desde hace más de treinta años. Comencé cosiendo en una máquina de pie, de esas antiguas, y trabajé muchos años así hasta poder ponerle un motorcito y seguir sacando adelante mi oficio. Soy nacida y criada en María Elena, con el orgullo de haber nacido en casa, en Galvarino 902, asistida por una vecina que hacía de partera. Siempre digo que soy bien elenina, porque nací aquí mismo.

Varias veces me fui por trabajo, pero siempre volví. Mis papás se fueron a Vallenar, pero yo nunca pude acostumbrarme; era la única de la familia que necesitaba volver a la pampa. Aquí sentí que podía surgir, que esta tierra tiene algo que te atrae y no te suelta. Lo que más recuerdo es mi niñez tranquila, ir a la plaza a las seis de la tarde a escuchar las retretas; los juegos de verano, la chaya, el catcher; la convivencia bonita que se daba entre todos.

Ahora, con tantos proyectos y cambios, siento orgullo de ver cómo María Elena sigue creciendo. Agradezco a la pampa por la educación de mis hijos, porque crecieron como yo, libres, seguros y en comunidad. Me emociona ver jóvenes que nacieron aquí volver como profesionales a trabajar en su tierra y me siento afortunada de vivir los cien años de esta oficina y ver que las tradiciones siguen vivas.

Para mí, eso es lo más bonito que tiene María Elena, su gente y su historia que permanecen vivas en este desierto.



## Nelson Frez

Mi historia comienza en la pampa, en un lugar donde la vida se aprendía temprano y el esfuerzo era parte del día a día. María Elena fue el espacio que me formó con sencillez, trabajo y un profundo sentido de comunidad. Mi infancia no fue fácil, crecí rápido, sin adolescencia. Entre el trabajo y los juegos ayudé a mi madre, recorrí las calles y descubrí la alegría en lo simple, en los juguetes hechos a mano y en el compañerismo sincero de un pueblo que siempre supo mantenerse unido.

Los pilones marcaron mi niñez y la historia del campamento. En torno a ellos jugábamos, nos reuníamos y aprendíamos a convivir, porque el agua era compartida y también lo era la vida. Hoy quedan pocos, pero para mí siguen siendo símbolos de memoria, esfuerzo y dignidad, parte de una María Elena que no debe olvidarse.

La pérdida de mi vista cambió mi camino, pero no mi amor por este lugar. Me rehabilité, aprendí a valerme por mí mismo y regresé, porque esta tierra siempre me llamó de regreso. Aquí soy "el Nene", y ese nombre representa el cariño de una comunidad que nunca me dejó solo.

Con orgullo participé junto a amigos en la iniciativa de levantar la réplica del templo, un acto de fe y unión que nos marcó para siempre. Hoy sigo recorriendo María Elena con la memoria y el corazón, convencido de que su esencia vive en quienes la aman y la cuidan.

A photograph of Rosana Munizaga, a woman with glasses and a purple shirt, standing in front of a chain-link fence. The name 'Rosana Munizaga' is overlaid in large, dark blue letters on the left side of the image.

# Rosana Munizaga

Yo soy de la oficina José Francisco Vergara, nacida en 1961, y aunque a los nueve años el destino me trajo a María Elena, guardo en el alma la dulzura de una infancia maravillosa. Eran tiempos sin tecnologías, donde el juego era el centro de todo y los padres participaban de nuestras travesuras. Al llegar aquí, encontré un pueblo más grande, pero con el mismo espíritu de fraternidad.

Recuerdo con especial cariño las Olimpiadas y cómo, pese a los pocos recursos, nuestras familias transformaban la carencia en momentos hermosos y memorables que aún viven en mi memoria. Con los años, María Elena se convirtió en el lugar donde formé mi vida, aquí me casé, formé mi familia y nacieron mis hijos, a quienes crié entre el esfuerzo, el cariño y los valores propios de la pampa. He sido feliz en esta tierra, agrade-

cida del trabajo de mis padres, de los vecinos y de cada experiencia que la pampa me regaló.

Siempre me ha gustado recorrerla, caminar entre salitreras, observar el paisaje y recordar, porque la pampa tiene una forma única de hablarle al corazón y de dar paz. Sin embargo, al mirar el presente, siento que la identidad pampina corre el riesgo de desvanecerse. Por eso, en este centenario, invito a que seamos mejores vecinos, que nos entendamos y cuidemos más a nuestro pueblo, para que María Elena mantenga viva su esencia y continúe siendo hogar para quienes llevamos la pampa grabada en el alma.



# Tania Vargas

Nací en la oficina José Francisco Vergara, pero el destino me llevó a Calama cuando era una bebé. A los dos años y medio perdí a mi madre y crecí junto a mi abuela, aunque mi corazón siempre perteneció a la pampa. Soñaba con volver y, a los doce años, regresé sola a María Elena. No fue fácil: trabajé desde muy niña para poder salir adelante, y esas dificultades forjaron la mujer que soy hoy.

Aquí formé mi hogar, crié a mis hijos con esfuerzo y hoy la vida me entrega un nuevo desafío, criar a mi nieta de diez años, a quien cuido como a una hija. Uno de los períodos más lindos de mi vida fue cuando viví en el pasaje Orella. Allí conocí el verdadero sentido de comunidad, compartiendo celebraciones, fiestas para los niños y largas conversaciones. Éramos una gran familia y allí se criaron mis hijos.

Gracias a una oportunidad laboral pude salir adelante. Trabajé por años en la empresa, desempeñándome en el laboratorio y como operadora, con compromiso y responsabilidad, lo que me permitió sostener a mi familia. María Elena es mi refugio y el lugar donde he luchado y vuelto a empezar.

Ser pampina es un orgullo y, en este centenario, debemos enseñar a las nuevas generaciones a valorar estas raíces y cuidar esta tierra única, porque la pampa es mi vida y mi mayor tesoro.

A portrait of Viviana Cuello, a woman with long dark hair and glasses, wearing a blue blazer over a blue top. She is standing in front of a painting that depicts a landscape with two large, rusted metal water towers on tall poles against a blue sky and a yellowish ground. The name 'Viviana Cuello' is written in large, bold, dark blue letters on the left side of the image, partially overlapping the portrait.

# Viviana Cuello

Nunca imaginé que la vida me llevaría a estar al frente de la comuna que me vio nacer. Hoy soy alcaldesa de María Elena, pero antes de ese cargo hay una historia construida con esfuerzo, convicción y un profundo amor por esta tierra. La pampa me formó con su dureza y su nobleza, enseñándome desde temprano a no rendirme y a seguir adelante incluso cuando el camino parecía incierto.

Crecí en una familia donde el trabajo y la responsabilidad eran valores fundamentales. La pérdida temprana de mi padre marcó mi vida, pero fue la fortaleza de mi madre la que me enseñó a mirar el futuro con dignidad y coraje. Estudié aquí, crecí aquí y entendí que María Elena no es solo un lugar, sino una identidad que se lleva en la piel. Mi recorrido profesional y social, desde el mundo privado hasta el trabajo político y terri-

torial, amplió mi mirada y fortaleció mi vocación de servicio.

Hoy, como la primera mujer alcaldesa de una comuna históricamente masculinizada, asumo este desafío con orgullo y una profunda responsabilidad, más aún en un momento tan significativo como el centenario de María Elena. Cumplir 100 años no es solo mirar el pasado, sino proyectar el futuro con esperanza.

Soy madre, esposa y pampina, y cada decisión que tomo busca honrar nuestra historia, cuidar a nuestra gente y construir, junto a la comunidad, una localidad digna para las nuevas generaciones.



# Wladimir Rojas

Mi historia nace en Vergara, un lugar humilde que fue mi primera escuela de vida y de fe. Allí, en una familia sencilla, aprendí valores que más tarde reconocí como profundamente cristianos, la solidaridad, el sacrificio, la responsabilidad y el amor al prójimo. Mis padres me enseñaron que la fe no se proclama solo con palabras, sino que se vive en el trabajo diario y en el servicio silencioso.

Al llegar a María Elena siendo muy joven, encontré una comunidad que me acogió y confió en mí. Aquí comenzó a tomar forma mi camino en la religión. El testimonio de sacerdotes que dejaron su tierra muy lejana, para servir en esta pampa despertó en mí la vocación y el deseo de entregar la vida a Dios. Mi formación no fue inmediata ni perfecta; fue un proceso marcado por el trabajo, la misión y el encuentro con las

personas. María Elena fue una verdadera escuela de fe y humanidad. Aquí aprendí que ser padre no es estar por encima, sino caminar junto a la comunidad, acompañar, escuchar y sostener. Hoy, al celebrar los 100 años de María Elena, agradezco su historia, escrita por hombres y mujeres sencillos que han levantado este lugar con esfuerzo y esperanza.

El centenario no es solo memoria del pasado, sino una invitación a seguir construyendo futuro con fe, compromiso y comunidad. Como padre y como pampino, creo profundamente que la historia sigue viva y que todos somos llamados a seguir escribiéndola.

A photograph of an elderly woman, Yolanda Bozos, wearing a yellow sleeveless top and a gold and blue tiara. She is smiling slightly and looking towards the camera. The background is a textured brown wall with a framed picture and a green plant to the right.

# Yolanda Bozos

Nací en tiempos duros, cuando todo se hacía con esfuerzo, y desde muy joven aprendí que el trabajo era mi manera de salir adelante. Hoy, a mis más de noventa años, miro hacia atrás con orgullo, porque fui comerciante toda la vida, trabajé con la empresa, con los gringos, con cientos de pensionistas que llegaban cada día, y nunca le tuve miedo al sacrificio. Así levanté mi rancho Lautaro, conocido por todos también como el rancho de la Yola, un lugar que fue más que comida, fue encuentro, conversación, alegrías y compañía.

Formé mi familia junto a mi esposo, Mario Vega, quien partió joven, y juntos sacamos adelante a nuestros hijos. La vida también me enseñó a enfrentar pérdidas, pero nunca estuve sola. Crié a mis hijos con esfuerzo, trabajo y mucho amor, siempre con la familia cerca, aprendiendo con-

migo entre ollas, mesas y largas jornadas. Fui firme, trabajadora y presente, cuidando cada detalle, desde las patentes hasta la atención de la gente. Crié animales, luché y también perdí, pero jamás bajé los brazos.

María Elena me dio todo, aquí ayudé a quien pude, aquí crecí, aquí sigo de pie. Soy una mujer de carácter, de palabra y de trabajo, y mientras tenga fuerzas, seguiré adelante, porque esta tierra y mi historia caminan juntas. Y como siempre digo, y seguiré diciendo, primero nació yo, y después nació María Elena.



# Zoila Miranda

Nací en la oficina salitrera José Francisco Vergara, lugar donde formé mi familia, me casé y nacieron mis hijas. Cuando Vergara cerró, la vida nos trajo a María Elena, y desde entonces he vivido aquí toda mi historia, ligada a la pampa y a su gente. Aquí he construido mi hogar, he sido feliz y también he enfrentado uno de los dolores más grandes de mi vida, la partida de mi esposo, Carlos Ardiles Aceituno. Él fue un hombre muy comprometido con esta comuna. Durante 16 años fue concejal de María Elena y un apasionado del deporte, impulsando el básquetbol, el fútbol y la vida sana, dejando una huella imborrable en muchas generaciones.

He dedicado gran parte de mi vida al servicio comunitario. Siempre he sido una mujer participativa, comprometida con mi entorno y con las necesidades de mi gente.

Hoy soy presidenta de la junta de vecinos de María Elena y participo activamente en reuniones, actividades comunales, celebraciones, instancias culturales y sociales. Donde me invitan, trato de estar, porque creo firmemente en la unión y en el trabajo en conjunto. María Elena es mi hogar. Aquí tengo amistades sinceras y tranquilidad. Aunque muchos creen que en el desierto no se puede vivir, yo sé que esta pampa está llena de vida, historia y futuro, y mi mayor deseo es que las nuevas generaciones la cuiden y la valoren como el tesoro que es.



*Balneario Coya Sur*  
Yudith Castillo





TEATRO

# Cultura y Patrimonio

El arraigo expresa el amor por el territorio y la identidad que los une. Mantener viva la cultura y el patrimonio de la ex salitrera permite que las nuevas generaciones valoren y comprendan el lugar al que pertenecen.

A photograph of an elderly man with short, grey hair, wearing a red polo shirt. He is holding a black camera with both hands, looking directly at the viewer. The background is a bright, sunny outdoor setting with a clear blue sky and some blurred buildings and utility poles in the distance.

# Alejandro López

Mis raíces están en Pedro de Valdivia, pero la vida me trajo a María Elena para quedarme. Tras el fallecimiento de mi padre pasé un tiempo en Antofagasta, hasta que el destino me ofreció volver a la pampa. Llegué con el oficio de la relojería, una herencia que él me dejó y que me permitió abrirme camino, sin imaginar que aquí construiría toda una vida. Pensé que sería algo temporal, pero los años pasaron y este lugar se transformó en mi hogar definitivo.

Con el tiempo, otra pasión fue tomando fuerza, la fotografía. Primero como apoyo, luego como responsabilidad y finalmente como una forma de vida y de servir a la comunidad. A través de mi cámara he retratado generaciones completas, ceremonias, desfiles y momentos que hoy forman parte de la memoria viva de María Elena. Ser fotógrafo aquí no ha sido solo un oficio, sino un compromiso con la historia y las personas.

Aunque tengo familiares que me invitan a irme a vivir a otros lugares y me preguntan cómo puedo vivir aquí, mi respuesta siempre es la misma, la tranquilidad de este pueblo no tiene precio. María Elena es sinónimo de seguridad, amistad y calma. En este centenario que se aproxima, valoremos este oasis en medio del desierto, donde aún podemos saludarnos por el nombre y caminar tranquilos bajo el sol pampino.



# Andrés Bonilla

Mi vida comenzó un 17 de julio de 1993, en esta pampa que tanto amo: María Elena. Me crié junto a mis abuelos, quienes me entregaron los valores, la fortaleza y el orgullo de ser pampino. Mi abuelo llegó aquí con solo 19 años y sembró las raíces de nuestra familia, los Bonilla, raíces que hasta hoy me sostienen. Aunque a los 16 años partí a Antofagasta para estudiar en el Liceo Industrial, mi corazón jamás se desligó de este lugar. Siempre regresaba, porque la paz, la libertad y la esencia de María Elena no existen en ningún otro rincón.

La música fue mi refugio y mi motor. Desde niño crecí rodeado de los ritmos de los años 80 que escuchaba mi familia, del rap que marcó a toda una generación en el pueblo y del reggaetón que comenzaba a sonar en sedes y sindicatos. Así nació mi camino artístico y, con él, mi nom-

bre: **Llanowby**, una creación que surge de mi apellido Bonilla, mezclado con influencias que me inspiran. Somos la última oficina salitrera viva y tenemos una historia infinita que contar. Sé que María Elena nunca dejará de existir, porque es vida, cultura y un semillero de talentos. A los jóvenes les digo que se atrevan a soñar, sin miedo al "qué dirán". Mi meta es que, a través de mi música, otros conozcan de dónde vengo y se encanten con este oasis. Le debo todo a mi tierra, y mi compromiso es seguir haciendo que el nombre de María Elena brille y llegue muy lejos.



Nací en José Francisco Vergara y allí viví mi infancia hasta los diez años, cuando la oficina cerró y mi familia debió trasladarse a María Elena. Desde entonces, mi vida quedó ligada a esta tierra. Aquí conocí a mi señora, formé mi familia y he trabajado toda una vida, llevo 41 años en Coya Sur, donde aprendí el valor del esfuerzo y la constancia.

Con el tiempo descubrí una pasión que me llenó el alma, crear dioramas, cuadros y retablos que rescatan la antigua forma de vivir. En cada obra busco mostrar a las nuevas generaciones los utensilios, las casas y las costumbres que hoy ya no existen, pero que dieron identidad y sentido a la pampa.

Junto a mi señora comencé recorriendo antiguas salitreras, cachureando objetos olvidados por el tiempo, hasta que un día me percaté que nuestra

propia casa estaba llena de historia. Quise ir más allá y empecé a crear cuadros con botellas, tapas y elementos que iba encontrando en el desierto. Sin embargo, sentía que aún faltaba algo, quería contar la historia completa de la pampa. Así nació mi primera gran obra, a partir de una bacinica saltada, un pequeño detalle que abrió ante mí todo un mundo en el arte.

Hoy estoy profundamente agradecido de María Elena, de su gente amable, su tranquilidad y sus atardeceres únicos. Debemos cuidar esta tierra, porque somos los últimos pampinos. Ojalá algún día un joven continúe este oficio, para que la memoria de la pampa no desaparezca jamás.



# Ángelo Varas

Mi infancia fue feliz, sencilla y libre, de esas que se viven con las patas con barro, entre juegos, risas y sin más tecnología que la imaginación. Aquí estudié, crecí y aprendí a amar este lugar con todo el corazón. La música llegó a mi vida gracias a mi abuelo, quien me inculcó desde pequeño el amor por la guitarra y el canto. Con el tiempo, la trompeta se convirtió en mi gran compañera y en una pasión que marcó mi camino.

Así fui creciendo junto a la música, estudiándola y transformándola en una herramienta para enseñar y compartir. La Banda América nace desde ese amor, como un homenaje a quienes estuvieron antes y como un compromiso con las nuevas generaciones. A lo largo de los años, hemos llevado nuestra música más allá de María Elena, demostrando que desde la pampa también se puede soñar en grande.

Ver a niños y jóvenes crecer, aprender y pararse de igual a igual en cualquier escenario es una de mis mayores satisfacciones. Agradezco a María Elena por mi familia, por mis hijos y por el orgullo de ser pampino. Mi mayor anhelo es dejar un legado, que la cultura no decaiga y que los niños del futuro digan con orgullo, "soy de María Elena y estas son mis raíces."



# Carlos Hidalgo

Nací en 1948 y mi vida ha transcurrido entre los vientos de Coya Sur y el sol de María Elena. Recuerdo con claridad mi infancia en Coya, los desfiles, la vida sencilla y aquel Mundial del 62 que escuché recostado en la plaza cuando tenía apenas 12 años. Aunque al principio lloré porque no quería dejar ese lugar, al llegar a María Elena descubrí un nuevo mundo. Aquí formé mi conjunto musical y me integré a los bailes religiosos, una pasión que me ha acompañado toda la vida y que marcó mi camino. Provengo de una familia numerosa de doce hermanos, de los cuales hoy quedamos seis, y esa fuerza familiar me dio el temple para enfrentar la vida. Con los años sentí la necesidad de resguardar la historia desde la fe, y así nació uno de mis mayores orgullos, la creación del Museo de Trajes de los Bailes Religiosos, un espacio pensado para las

nuevas generaciones, donde cada vestimenta guarda devoción y memoria.

Mi vocación de servicio también se expresó desde lo público, al desempeñarme como concejal de la comuna. María Elena es mi hogar y a mis hijos les debo mi presente. En este centenario, mi mensaje es de plenitud, he vivido intensamente y he protegido nuestra cultura pampina. Hoy solo pido disfrutar la tranquilidad de mi pueblo, con el orgullo de haber dejado una huella en la música, la fe y la historia de este desierto.

A portrait of Carmen Zamora, a woman with dark hair, wearing a white top and a necklace, standing outdoors. The background is slightly blurred, showing trees and a building.

# Carmen Zamora

Nací en la oficina Alemania, cerca de Taltal. Mi infancia y juventud transcurrieron en Pedro de Valdivia, un lugar que me formó en valores, trabajo y vida comunitaria. Desde muy joven me vinculé con las personas, escuchando, acompañando y participando, sin imaginar que ese camino marcaría mi futuro. El cierre de Pedro de Valdivia me trajo a María Elena, donde construí mi vida adulta.

Aquí formé mi familia, crecieron mis hijos y aprendí a conocer la comuna recorriéndola, conversando con sus vecinos y comprendiendo su historia. Ese andar constante despertó en mí el interés por el turismo, porque descubrí que contar nuestra historia también es una forma de protegerla. Me capacité, guié recorridos y sentí la responsabilidad de transmitir lo que significa vivir en la última salitrera.

Mi participación en organizaciones sociales y culturales me llevó a asumir liderazgos y, más adelante, a postularme al Concejo Municipal. Fui elegida concejala y luego reelegida, con la convicción de trabajar desde la cercanía y el compromiso real con las personas.

Confío en que las nuevas generaciones sabrán valorar este lugar único, reconocer su esfuerzo y darle continuidad a su legado. Mientras tanto, mi compromiso es permanecer activa, cercana y disponible, trabajando para que la memoria de la pampa no se pierda y para que María Elena siga siendo un lugar donde valga la pena quedarse y soñar.

A photograph of Claudio Castellón, an elderly man with a white beard, wearing a red polo shirt and a black cap. He is standing in front of a large map of María Elena, Argentina. The map features several circular inset images showing various landscapes and buildings. The text 'MARIA ELENA' is visible on the map. To the left of the map, there is a small logo and some text in Spanish, including 'IDAD DE MARIA ELENA' and 'cuya piel es el tiempo soledad encuentro o descubro, entero, oración del viento.'

# Claudio Castellón

Nací y crecí en la Pampa, pero hay un momento en que uno deja de mirarla con ojos de niño y empieza a sentirla como un compromiso del alma. Mi destino comenzó con un pequeño hueso que mi padre trajo un día, quizá de un antiguo arriero andino que cruzó por ese camino hacia la costa. Nunca imaginé que ese hallazgo sería el llamado que despertó en mí la vocación de arqueólogo, la misma que me guiaría a fundar el primer museo de María Elena o a descubrir Chug Chug, rescatando así la memoria dormida de la tierra pampina.

El desierto me templó, me enseñó a resistir y a leer los secretos que se ocultan bajo su piel. Yo aprendí a escuchar su voz. La Pampa me entregó sus tesoros con la confianza de una madre que guarda lo más valioso para su hijo fiel. Tal vez no vea todo lo que el museo llegará a ser, pero sé

que sembré las semillas. Dejé el ejemplo de que el patrimonio no solo guarda la historia, sino que fortalece la identidad y el espíritu.

Que las generaciones futuras comprendan que de la nada hicimos un todo, que aquí nació una cultura, un hogar, en medio del desierto, forjada por hombres y mujeres que aprendieron a hacerse amigos del viento, del sol y del silencio.



# Cristian Vilchez

Nací en María Elena, pero pasé la mayor parte de mi infancia en Tocopilla. Cuando volví a los doce años sentí que estaba conociendo la pampa de nuevo, el calor, el viento y esa vida distinta que uno aprende a querer con el tiempo. En mi familia siempre hubo música; mi mamá y mi hermana cantaban, y yo crecí rodeado de esa energía hasta que descubrí el hip-hop aquí mismo en la oficina. Un día me atreví a escribir y desde entonces no paré.

Mi música siempre habla de la pampa. Me gusta que cuando me presento afuera sepan de dónde vengo, que conozcan el otro María Elena, el de las fiestas de antes, el del calor intenso, el del tren que ya no pasa. Mi canción más conocida, *Bienvenido al EME*, nació de esa necesidad de mostrar nuestra identidad con humor, ironía y verdad. Para mí, María Elena es una mujer, mo-

rena, fuerte y cálida. Así la nombro en mis letras, separando “María” y “Elena” como dos amores que al unirse forman la pampa que me abrazó desde niño.

Lo que más quiero es quedarme aquí. Me gusta la tranquilidad, la gente que uno saluda todos los días, aunque no conozca sus nombres. Somos personas afortunadas, vivimos en un lugar único. Si algún día llegan lejos, no olviden nunca de dónde vienen, porque venir de María Elena es un orgullo que se lleva en el corazón.

A photograph of Emilio Cortés, a man with glasses and a blue patterned t-shirt, standing in a construction site. The background is blurred, showing workers and construction equipment. The name 'Emilio Cortés' is overlaid in large, dark blue, bold letters on the left side of the image.

# Emilio Cortés

Mi historia comienza en Vergara, pero mi vida se fue escribiendo entre distintas oficinas salitreñas hasta llegar a María Elena, el lugar donde mi corazón decidió quedarse. He vivido alegrías intensas y también dolores profundos, momentos de abundancia y otros de carencia, pero nunca, ni siquiera en los días más duros, he pensado en irme. Esta tierra me dio la vida, me formó como persona y me enseñó a amar sin condiciones, a valorar lo simple y a respetar a la gente.

Desde pequeño descubrí que crear era mi manera de estar en el mundo, dibujar, cantar, escribir, construir con mis manos. El arte nunca fue un sacrificio, fue refugio, compañía y alegría. Cantar me permitió viajar, conocer personas, emocionar a otros y sentir que, aunque la vida no siempre fue fácil, siempre valía la pena seguir adelante. También aprendí que ayudar es una

forma de amar. Junto a amigos formamos un grupo solidario para tender la mano a quienes más lo necesitaban. Salvamos vidas, acompañamos dolores y demostramos que la pampa no es solo tierra y salitre, sino también humanidad y corazón.

Hoy, al mirar atrás, agradezco a mi familia, a mi esposa, a mis hijos y a la gente de María Elena, porque son ellos quienes me inspiran a seguir entregando lo que soy. Mientras alguien recuerde y ame esta tierra, la pampa seguirá viva... y yo con ella.



# Fabián Navarro

Nací en esta pampa y crecí entre sus calles, en una época en que la vida se compartía afuera, entre juegos, amistades y recuerdos que aún atesoro. Aquí estudié, aquí aprendí a querer este territorio y su historia. Desde joven supe que quería dedicarme a algo que me apasionara, y la cocina apareció como un camino exigente, pero profundamente honesto. Estudié lejos, trabajé de noche y soñé de día, hasta que la vida y la pandemia me trajeron de vuelta a casa.

Regresar no fue retroceder, fue volver al origen. Decidí que, si iba a hacer gastronomía en María Elena, no sería una más. Así nació Guggenfood, un nombre inspirado en los hermanos Guggenheim, quienes revolucionaron la industria salitrera al aprovechar al máximo los recursos del desierto. De esa misma idea nace mi propia Revolución del Sabor, rescatar, reinterpretar y dar

nuevo valor a lo que siempre ha estado aquí.

A través de ingredientes como el algarrobo, el chañar, el charqui o la harina tostada, cada preparación se convierte en un relato, en una memoria viva de la pampa y de su gente. La gastronomía se vuelve cultura, patrimonio e identidad. Hoy sigo creyendo que María Elena tiene un valor inmenso, muchas veces invisible incluso para quienes la habitamos. Me siento agradecido de las oportunidades que esta tierra me ha dado y estoy convencido de que, con un pequeño impulso, María Elena puede mostrarle al mundo todo lo que es capaz de ofrecer.

A portrait of Geriant Rojas, a man with a beard and mustache, wearing a white baseball cap and a dark hoodie. He is making a hand gesture with his right hand, showing three fingers. The background is a blurred outdoor setting with streetlights.

# Geriant Rojas

Toda mi vida ha estado ligada a esta comuna. Mi nombre artístico es Gigarvi, escribo canciones, creo letras, colaboro con otros artistas y sueño con que algún día podamos hacer música desde aquí, desde nuestra tierra, sin tener que irnos lejos para mostrar y potenciar nuestros talentos. En este último tiempo me he dedicado de lleno al ámbito musical, sin dejar de lado mi trabajo en Coya Sur. Hoy la música es el punto más fuerte que me define, crear, sentir y compartir a través de canciones.

Crecí rodeado del amor de mi familia, mis padres, mis tres hermanos y mi querida abuela Yolanda, recordada por su Rancho Lautaro. Salvo el tiempo en que fui a estudiar a Antofagasta, siempre he vivido en la pampa, entre partidos de fútbol, acordes musicales y amistades que se sienten como familia.

Cada vez que viajo y hablo de María Elena, la gente se sorprende, por la lejanía, por el clima extremo, por ser un lugar distinto y único. Y eso me llena de orgullo. Lo que más amo de este lugar es su tranquilidad y el apoyo entre todos; como en todo pueblo chico, hay diferencias, pero cuando pasa algo importante, todos nos unimos. Sueño con que María Elena siga creciendo, que sigan naciendo artistas, profesionales y jóvenes que lleven su nombre con orgullo.

Nunca olviden de dónde vienen. Si llegan lejos, recuerden siempre que su raíz está en esta pampa, porque María Elena se lleva en el corazón.



# Hugo Aracena

A María Elena yo le agradezco la vida entera. Aquí me he quedado, aquí sigo y aquí quiero seguir, porque esta pampa es un imán que uno no se puede sacar del pecho. Me ha dado tranquilidad, deporte, amistades y ese legado de pampinos que solo se mantiene porque esta es la última salitrera que queda en Chile. Aquí se juntaron todos, aquí hicimos raíces, y uno termina agradeciendo cada día que la vida lo haya traído hasta este suelo.

Lo que más me gusta es su gente y su calma. No tendremos mall ni grandes lujos, pero tenemos algo mejor, todo está a mano, se camina sin apuro y hasta el viento y los remolinos son parte de la belleza de vivir acá. Yo no me imagino en otro lugar; abro la puerta de mi casa y estoy en el estadio, y eso para mí lo es todo.

Mi pasión por el fútbol me llevó, sin querer, a iniciar el Museo del Juguete. Partió como una muestra pequeña, con camisetas y dos camioncitos antiguos, hasta que comenzó el sueño de rescatar cómo jugaban nuestros padres y abuelos. Con apoyo de amigos y de la empresa, el museo creció y hoy es memoria viva, los mayores recuerdan y los niños descubren. Me gustaría que las nuevas generaciones sigan cuidando esta historia, que se enamoren de la pampa y de sus juegos, como el aro. Y que cuando hablen de María Elena, recuerden que aquí late el corazón del pampino, amable, solidario y lleno de historias que merecen seguir vivas.

A portrait of Hugo Aracena, a man with a goatee and dark hair, wearing a black t-shirt with a circular logo. He is standing outdoors in front of a white building with a decorative facade. The background is slightly blurred, showing a clear blue sky and some trees.

# Hugo Aracena

La pampa no es solo el lugar donde crecí, es el lugar que me formó y me enseñó a sentir. María Elena me abrazó cuando era niño y, con el paso de los años, se transformó en mi refugio, en mi identidad y en mi razón de orgullo. La música llegó a mi vida como una necesidad. A través del rap encontré una forma honesta de expresar lo que llevaba en el corazón, su historia, la memoria y el amor por esta tierra tantas veces incomprendida. Cada verso fue una manera de decir que la pampa está viva, que tiene voz y que merece ser escuchada.

La pastoral en la iglesia católica marcó profundamente mi camino. El servicio desinteresado, el compartir con otros y el aprender a dar sin esperar nada a cambio me enseñaron el verdadero sentido de pertenecer. Desde ahí entendí que amar esta tierra también significaba cuidarla y

defender su historia. Por eso, cuando me percaté que no conocíamos con certeza nuestro origen, no pude quedarme indiferente.

La investigación del cambio de nombre de Coya Sur a María Elena nació desde la necesidad de darle verdad a nuestra identidad. Encontrar esos documentos fue un acto de justicia con nuestra historia y con quienes vivieron antes que nosotros. Hoy sé que todo lo que soy nace aquí. Seguiré sirviendo a la pampa, aportando y cuidando su memoria con cariño, porque la pampa le dio sentido a mi vida, y devolverle ese amor es, y seguirá siendo, parte esencial de mi camino.



Soy el único de mi familia que tuvo la suerte de ver la luz por primera vez en esta tierra. Mi historia con el baile comenzó a los 12 años en el techado, el único lugar donde podíamos hacer breakdance con un piso adecuado. Sin embargo, a los 14 años, la vida se puso difícil; cometí errores que me obligaron a marcharme del pueblo. En la distancia enfrenté mis sombras más oscuras, sumido en una fuerte adicción. Pero el nacimiento de mi primer hijo y mi pasión por el baile fueron mi salvación. Comencé a trabajar y a viajar gracias al breakdance, sin planes de regresar jamás a mi origen.

Tras 11 años en Antofagasta, la tierra me llamó de vuelta por razones personales y volví a reencontrarme con mis raíces y mi madre. Regresar fue sanador. Fui recibido con cariño, reconocido por haber ganado un campeonato nacional de

Red Bull en 2015. Ver a niños de entre 8 y 15 años pidiéndome autógrafos y queriendo entrenar conmigo en la plaza me impulsó a crear el evento "Pampino de Sangre" y a intentar integrarme en las escuelas. Aunque el camino ha sido complejo, no me rindo.

Hoy valoro la paz y seguridad de María Elena para criar a mis hijos, lejos del miedo de la ciudad. Soy un bailarín que encontró en su arte la herramienta para transformar su vida y la de su comunidad.



# Juan Pardo

Nací en Victoria, pero mi historia y mi música echaron raíces en esta tierra pampina. Desde niño, entre el sonido de las radios, sentí el llamado de los instrumentos. Empecé con la flauta en la escuela, pero fue la guitarra la que me abrió el alma, aprendiendo de forma autodidacta con cancioneros de diario. En ese proceso de aprendizaje y búsqueda colectiva, junto a un grupo de amigos dimos vida al grupo **Chasqui Raymi**, como una forma de difundir la música andina y fortalecer nuestra identidad cultural.

Sin embargo, Mi camino musical dio un vuelco hace 25 años cuando conocimos a "Los Markamaru" de Arica. Ellos no solo nos enseñaron a tocar, sino a fabricar nuestras propias zampoñas de PVC, adaptándolas a la sequedad del desierto. Así fundamos a los Lakitas en María Elena, un proyecto nacido del amor por la cosmovisión

andina y su conexión con la tierra. Hemos vivido momentos duros, despidiendo a compañeros que hoy nos cuidan desde el cielo, pero su persistencia nos mantuvo en pie.

Ser lakita en la pampa es un orgullo; es canalizar la música de nuestros ancestros en un pueblo con historia salitrera. A las nuevas generaciones les digo: valoren su identidad y cuiden nuestro patrimonio. El camino del arte es hermoso y, aunque no siempre seamos profetas en nuestra tierra, nuestra música es como un latido que mantiene viva la memoria de María Elena.



# Juan López

Mi historia no comenzó en María Elena, pero fue aquí donde terminé de construir mi vida. Llegué desde el sur, desde Santa Cruz y Pichilemu, siguiendo a mi familia y buscando trabajo, sin imaginar que este desierto terminaría convirtiéndose en mi hogar. Me adapté al clima, a la pampa y a su forma de vivir, porque cuando uno trabaja con esfuerzo y constancia, aprende a querer el lugar que lo recibe. Aquí he pasado más de treinta años trabajando, formando mi familia y criando a mis hijos con tranquilidad y valores.

María Elena también me regaló el folclore. Entre guitarras, ensayos y cuecas, encontré una manera de representar a esta comuna que aprendí a sentir como propia. Junto a mi esposa recorrimos escenarios, regionales y nacionales, siempre llevando el nombre de María Elena con or-

gullo. Tras años de perseverancia, logramos uno de los mayores sueños: ser campeones de Chile en cueca, un logro que no sentimos solo como nuestro, sino como un triunfo de toda la comuna.

Hoy miro hacia atrás con gratitud y orgullo. Todo lo que he conseguido, en lo personal y en lo humano, se lo debo a María Elena. Aquí aprendí que los sueños también se pueden cumplir desde la pampa. Mientras la vida y el trabajo me lo permitan, seguiré defendiendo nuestras tradiciones, cuidando este lugar y llevando el nombre de María Elena con honor a cada escenario y a donde quiera que vaya.



# Luis Tabalí

Hablar de mi vida es hablar de la pampa y de María Elena. Aunque nací aquí, mi infancia se forjó en Coya Sur, y fue el norte, con su silencio y su fuerza, el que me enseñó a querer esta tierra para siempre. A los años regresé a María Elena, y desde entonces nadie me ha movido de aquí, porque quien ama la pampa, se queda. Aquí formé mi familia, conocí a mi compañera de vida y viví una juventud sencilla, pobre en cosas, pero rica en alegrías, amistad y encuentros que hoy parecen lejanos, pero siguen vivos en el corazón.

Mi historia también está marcada por el baile chino, una herencia de fe y tradición que llevo desde niño y que ha unido a generaciones de mi familia. Más de cincuenta años bailando, custodiando a la Virgen, manteniendo viva una devoción que se transmite con amor y respeto.

He visto cambiar los tiempos, perderse algunas costumbres, pero la fe y el cariño por la pampa siguen intactos.

María Elena me lo ha dado todo, recuerdos, identidad, lucha y pertenencia. Aquí crecieron mis hijos, aquí disfruto a mis nietos y aquí quiero quedarme hasta el final. Mi mayor deseo es que las nuevas generaciones respeten esta tierra única, cuiden sus tradiciones y entiendan que la pampa no solo se habita, se ama y se defiende. Porque mientras haya pampinos que la quieran, María Elena seguirá viva.



# Marcelo Tabalí

Soy nacido y criado en María Elena, aunque mi historia comienza en Coya Sur, donde mis abuelos llegaron desde Salamanca y Tunga. Vivimos en el recordado Rancho Huachipato, al cuidado de mi abuelita, hasta que en 1982 cerró Coya Sur y, con solo cinco años, llegue a vivir a esta oficina. Desde entonces, la pampa marcó cada etapa de mi vida. Aquí crecí, estudié y formé mi familia. En Pedro de Valdivia cursé la enseñanza media y conocí a mi señora. Juntos hemos sido parte de organizaciones dedicadas a resguardar la memoria pampina. Llevo 29 años trabajando en el rescate cultural y folclórico.

Comencé como folclorista en Renacer Pampino en el año 1996 y en 2007 ingresé al conjunto Brote Mi Tierra, donde más tarde asumí su dirección, continuando un legado de 21 años y seis generaciones formadas, representando a María

Elena con la cueca en escenarios y campeonatos a nivel regional y nacional.

Nuestro trabajo busca que niños y niñas vivan la historia pampina, vestirse como antes, jugar con juguetes antiguos, bailar los ritmos de la filarmónica, compartir en familia, tal como fue nuestro diario vivir. Por eso llamo a cuidar el patrimonio, la limpieza y el entorno para que quienes nos visiten se lleven un hermoso recuerdo. Amo la tranquilidad, el compañerismo y ese espíritu de familia donde todos nos conocemos. María Elena es como una madre que nos acoge, nos cuida y nos da identidad.



# Mario González

Soy el único de mis hermanos que no tiene el sello de nacimiento en esta tierra, un pequeño dolor que llevo en el corazón, pero que compenso siendo quien más pelea y se desvive por María Elena. Mi infancia fue bacán, con la pampa como patio de juegos y aprendiendo que aquí no solo se habita una casa, sino una comunidad completa. La pampa me forjó una piel dura para resistir el sol y una mente abierta para imaginar.

Desde ese mismo espíritu nació el Inti Kuyen, un sueño que comenzó como un simple almacén y terminó transformándose en un espacio de encuentro, identidad y memoria. No quise crear solo un restaurant, sino uno que contara historias en sus muros, en su comida y en cada detalle. El Inti es el sol y la luna mirándose en el desierto, es arte hecho a mano, es gastronomía con raíces, es un lugar donde la pampa se sienta a la mesa.

Hoy, en estos cien años de María Elena, mi mirada no se queda en la nostalgia, sino en el futuro. No hay que reinventar la rueda, sino mejorar el legado de quienes llegaron primero. Sueño con una María Elena verde, viva, sustentable, un oasis que se distinga desde lo alto. Que estos cien años sean apenas el comienzo de muchos más. María Elena es una mujer que merece brillar con los labios pintados y la frente en alto, y yo no me cansaré de luchar para que su luz, como la del Inti, nunca deje de iluminarnos.



# Mario Torres

Soy pampino de corazón. Nací y me crié en María Elena, en una familia numerosa de ocho hermanos, donde la vida nos enseñó temprano a ser responsables y a cuidar el trabajo. Mis padres, humildes y esforzados, nos inculcaron valores que hasta hoy me acompañan. Desde joven sentí la necesidad de crear, pero más que nada, de trabajar el alambre. Todo comenzó en Antofagasta, cuando un profesor nos pidió hacer una máscara usando un globo. Yo no quise hacerlo así y la armé con alambre. Ese fue el inicio de un camino que aprendí a pulso, equivocándome y creando.

Más tarde, en el grupo juvenil Pericó, fabriqué carros alegóricos, disfraces y figuras; fue ahí donde descubrí que podía dar vida a personajes de la pampa. Soy autodidacta, nunca tuve maestros, y quizás por eso cada obra nace desde la

experiencia y el corazón. Crear es mi refugio, mi escape y mi forma de sanar. Mis esculturas representan a los trabajadores, a la memoria y a la identidad de María Elena. No vivo de este arte ni busco reconocimiento; lo hago por amor.

Aquí soy alguien, el “viejo de los monos”, y mi mayor anhelo es que mi trabajo perdure y ayude a que las nuevas generaciones cuiden y valoren este lugar único que llamamos hogar.

A portrait of Mauricio Camus, an older man with a mustache and glasses, wearing a red polo shirt. He is standing in a room with large windows and a doorway in the background. The name 'Mauricio Camus' is overlaid on the left side of the image in a large, dark blue font.

# Mauricio Camus

Mi historia en María Elena comienza con una despedida. El 26 de abril de 1996 tuve que dejar Pedro de Valdivia junto a mi familia, no por decisión propia, sino porque así lo dispuso la empresa. Ese día, mientras los camiones cargaban recuerdos y una caravana avanzaba por el camino interno hacia María Elena, entendí lo que significaba dejar un lugar que uno ama.

Llegué a María Elena y me trasladé junto a mis alumnos, colegas y al liceo completo, lo que hizo que el cambio no fuera tan brusco. Continué mi labor docente y seguí desarrollando mi vocación por la historia pampina, la escritura y el rescate del patrimonio salitrero. Aquí no tuve que presentarme, fui reconocido por el trabajo que ya realizaba y por el compromiso que siempre he tenido con esta tierra. Mi paso por el liceo nunca se limitó solo a hacer clases. Acompañé a ge-

neraciones completas, escuché, aconsejé y muchas veces ayudé a encauzar vidas que necesitaban orientación. Eso es lo que más me honra, el respeto y el cariño de exalumnos que aún me saludan como su profesor. He dedicado gran parte de mi vida a rescatar la historia de María Elena. Fruto de ese compromiso he escrito tres libros. Mi mayor deseo es que María Elena siga siendo reconocida como una oficina salitrera viva, con identidad, memoria y futuro.



# Mayra Tapia

María Elena no es solo el sitio donde nací, es la raíz que me sostiene y el punto al que siempre termino regresando, incluso cuando alguna vez creí que me alejaría para siempre. Mi historia está hecha de partidas abruptas, aprendizajes difíciles y decisiones que, con el tiempo, entendí que eran necesarias. Crecí entre la pampa y la ciudad, viviendo experiencias que me marcaron profundamente. Salir de aquí siendo niña no fue fácil, pero ese proceso me abrió la mirada, me permitió descubrir nuevas oportunidades y desarrollar habilidades que hoy son parte de quien soy. La música apareció temprano en mi vida y nunca se fue; luego llegaron la animación, la locución y ese vínculo inseparable con el escenario, espacio donde siento que mi vida encuentra sentido.

Volver a María Elena fue una decisión pensada desde el amor, sobre todo por mis hijos. Quise que ellos vivieran una infancia tranquila, conectada con el tiempo, la comunidad y los afectos. Hoy trabajo en cultura, gestionando, creando y soñando con que nuestro patrimonio, nuestra historia y nuestra identidad sigan vivos.

Hoy agradezco este pueblo que me desafió, me hizo crecer y me permitió sanar. María Elena me dio historia, carácter y propósito. Por eso sigo aquí, porque aún siento que hay caminos por abrir, historias por contar y un compromiso profundo con esta tierra que, a pesar de todo, siempre ha sido mi hogar.

A photograph of Miguel Ahumada, an elderly man with short grey hair, wearing a patterned short-sleeved shirt. He is smiling and holding a long, thin wooden tray horizontally in front of him with both hands. The background is a blurred outdoor setting with green trees and a paved area.

# Miguel Ahumada

Este pueblo no solo es el lugar donde nací, es la raíz que sostiene todo lo que soy hoy. Aquí aprendí el valor de la sencillez, de la amistad verdadera y del respeto por el otro, valores que marcaron a los pampinos de antaño y que aún sobreviven en la memoria colectiva. La artesanía apareció en mi camino como una forma de expresión y con los años se transformó en una manera de cuidar nuestro patrimonio.

Cada pieza que realizo busca rescatar la esencia de las salitreras, de sus edificios, de sus estaciones y de todo aquello que nos dio identidad. Trabajo con paciencia, con materiales de la zona y con el respeto que merece nuestra historia, porque crear también es una forma de agradecer. En este recorrido he tenido la oportunidad de impulsar y acompañar iniciativas junto a otros artesanos, entendiendo que el trabajo colectivo

fortalece y da sentido a lo que hacemos. Creo profundamente en el talento local, en los jóvenes que sueñan y en los adultos mayores que aún tienen mucho por entregar.

Hoy, cuando María Elena se acerca a cumplir cien años, siento orgullo y esperanza. Estoy convencido de que mientras sigamos creyendo en nuestra gente y en nuestra cultura, este pueblo seguirá vivo, contando su historia a través de quienes lo amamos y lo cuidamos día a día.



# Miriam Yáñez

Llegué a María Elena siendo muy joven, con apenas 25 años y mis niños pequeños en brazos. Aunque nací en Antofagasta, fue en esta pampa donde encontré mi hogar y una comunidad que me acogió desde el primer día. Durante más de 45 años, María Elena me lo ha dado todo. Aquí vi crecer a mis hijos, hoy todos profesionales y hombres de bien, y aquí he disfrutado la alegría inmensa de mis siete nietos. Cada logro familiar y cada rincón de mi casa están ligados a esta tierra generosa.

Mi vida laboral estuvo marcada por el esfuerzo y la constancia. Trabajé en la escuela, en la municipalidad y, por más de 30 años, en el consultorio de María Elena, realizando labores de aseo, muchas veces sola, comenzando antes de la hora para que todo estuviera limpio y digno para cuando llegarán los funcionarios y pacientes.

Siempre realicé mi trabajo con orgullo, respeto y cariño por las personas. Junto a mi esposo, Erni Saavedra, fundamos la Diablada "Oro Blanco", un legado cultural que sigo cuidando con amor. Mi esposo también fue bombero y fundador de la Primera Compañía de Bomberos de María Elena, que hoy lleva su nombre.

En este centenario, miro mi historia con orgullo y gratitud, sabiendo que entregué mi trabajo, mi cariño y mi vida a este pueblo que tanto amo.

A photograph of Nelson Codoceo, a man with grey hair and a beard, wearing sunglasses and a white shirt. He is standing in a vast, open, arid landscape under a clear blue sky. In the background, there are some simple, low-rise buildings and a structure made of wooden poles. The overall scene is bright and sunny.

# Nelson Codoceo

Mi historia comienza en la pampa, un lugar que me enseñó desde temprano a no rendirme. Crecí en una familia numerosa, donde el esfuerzo no era una carga, sino una forma natural de cuidar a los demás. Aprendí a trabajar siendo niño, no por obligación, sino por compromiso y amor hacia mi madre y mi hogar. Cada sacrificio fue moldeando mi carácter y mi manera de ver la vida, siempre guiada por la solidaridad, la humildad y el profundo amor por mis raíces pampinas. Durante más de cuarenta años mi vida estuvo marcada por el trabajo, hasta que el destino me obligó a detenerme y escuchar algo que siempre había estado en silencio: la palabra escrita.

Nunca pensé en ser escritor. Apenas cursé la educación básica, pero la vida me enseñó que la inspiración no entiende de títulos. Fue en un hospital, tras un accidente, donde escribí por

primera vez desde el corazón, sobre una simple servilleta. Ese gesto cambió mi camino. Desde entonces, la literatura es mi refugio y mi manera de rendir homenaje a la pampa, a sus trabajadores, a sus recuerdos y a su gente.

He escrito con sacrificio, robándole horas al descanso, porque las historias no esperan. Hoy agradezco cada libro y cada lector, convencido de que con sencillez y perseverancia también se puede llegar lejos. Todo lo que soy se lo debo a la pampa, a María Elena, mi eterno hogar.



# Norma Hernández

Llegué a María Elena en 1972, con apenas siete años, dejando atrás el verde de Salamanca. Al principio este desierto me pareció un lugar difícil de vivir, pero con el tiempo el corazón se fue adaptando, hasta aceptar que aquí estaba mi hogar junto a mis padres y mis cinco hermanos. En nuestra infancia siempre al terminar el colegio en diciembre partíamos al campo, a reencontrarnos con el cariño de los abuelos y la vida sencilla, regresando justo para iniciar las clases, y regresar fielmente a nuestra pampa.

Mi vida en María Elena ha estado marcada por la perseverancia y una gran pasión: la cueca. Junto a mi marido dedicamos años a cultivar nuestro baile nacional, compitiendo y representando con orgullo a esta tierra. Ser campeones de Chile fue un sueño difícil, pero nos enseñó que desde un pueblo pequeño también se pueden

lograr grandes metas cuando hay constancia y amor. En ese camino formamos nuestra familia y criamos a nuestros hijos, Manuel y Moisés, quienes crecieron viendo nuestro esfuerzo y compromiso.

Hoy, al celebrar los cien años de María Elena, miro con esperanza a las nuevas generaciones. Aquí hay talento y oportunidades. Mi gratitud hacia esta tierra es infinita, porque nos dio el afán de vivir y la fuerza para ser, por siempre, perseverantes.

A photograph of an elderly man, Ramón López, sitting on a wooden bench outdoors. He is wearing a light-colored, short-sleeved button-down shirt and a dark cap with sunglasses perched on top. The background shows trees and a clear sky. The name 'Ramón López' is overlaid in large, bold, dark blue letters on the left side of the image.

# Ramón López

Nací en María Elena, en una casa de calle Santiago, actualmente calle Ignacio Carrera Pinto, cuando la pampa todavía latía fuerte y la vida se vivía con respeto y sencillez. Soy pampino de corazón, de esos que aprendieron a amar el sol, el polvo, los remolinos y la solidaridad entre vecinos. Aunque la vida me llevó Tocopilla, Antofagasta, y otros rincones del norte, siempre supe que mi raíz estaba aquí, en esta tierra salitrera que me formó.

Fui profesor por vocación y músico por amor. En las aulas y en las notas encontré la forma de devolverle algo a mi pueblo. Le escribí himnos a escuela, al liceo y María Elena, canciones que aún resuenan en mi memoria, porque fueron creadas con el alma. La música y la poesía siempre fueron mi manera de hablarle a la pampa, de decirle gracias. Escribí un poema donde la

pampa es madre, mujer y memoria, porque así la siento, viva y eterna.

María Elena no es solo un lugar, es mi vida entera, mis recuerdos de infancia, los juegos en la plaza, el pan caliente, la radio acompañando las noches. Hoy solo deseo que las nuevas generaciones cuiden esta última pampa salitrera, que recuperen el respeto y la esencia pampina. Que recuerden que aquí hubo amor, comunidad y orgullo. Yo solo quiero ser recordado como, un elenino sencillo, que amó su tierra hasta el final.



## Wilson Rozas

Aunque mi certificado de nacimiento diga Iquique, yo siempre he sabido que soy pampino, de María Elena, criado en la libertad del desierto. Mi infancia fue recorrer el pueblo en bicicleta, perderme en la pampa, sentir que el mundo era grande y que yo podía decidir mi propio camino. Esa libertad marcó mi forma de ser, inquieto, creativo, desordenado a veces, pero siempre auténtico. La escuela no fue fácil. Repetí cursos, me equivoqué, me señalaron. Pero también hubo personas que vieron en mí algo más, talentos que yo mismo no había descubierto aún.

El teatro apareció como refugio y como motor; ahí encontré una voz, una forma de expresar y de construir. Desde ese espacio aprendí a liderar, a organizar, a creer en el trabajo colectivo. Con los años entendí que María Elena no solo me vio crecer, también me formó como ser hu-

mano. Aquí aprendí el valor de la comunidad, de mirar al vecino, de no traicionar mis convicciones. He tenido oportunidades de irme, de elegir caminos más cómodos, pero siempre he decidido quedarme, porque este pueblo me enseñó a amar, a resistir y a luchar por lo justo.

Hoy sigo creyendo que María Elena es única, que su fuerza está en su gente y que, si volvemos a ser uno solo, no habrá desafío que no podamos enfrentar juntos.



# Comercio

En los asentamientos salitreros, la escasez de productos hizo del comercio un pilar esencial para la vida cotidiana.

Estos forjadores del abastecimiento y los servicios fueron clave en un territorio aislado e inhóspito como María Elena.



# Abel Guerrero

Llegué a María Elena en 1961, con apenas 15 años, recién llegado desde la Cuarta Región. Mi hermano, que ya trabajaba aquí, me ayudó a entrar a la pulpería como ayudante, porque aún era menor de edad. Allí aprendí mis primeras labores, hasta que cumplí 18 años y partí a Calama a realizar el servicio militar. Al regresar, la empresa me destinó al reparto para los americanos y, más tarde, me ascendieron a la recova, donde vendía fruta, aceite, papas y cebollas. Así comenzó mi vida ligada al comercio.

Cuando la pulpería cerró entre 1974 y 1975, pedí traslado y me fui un tiempo a la Cuarta Región, pero no tardé en volver. La pampa ya era parte de mí. Luego tuve un puesto en la feria redonda, trabajé en la rayuela y, en 2004, una conocida me ofreció un pequeño negocio antes de irse a Quillota. Le puse por nombre Ruta Norte. Con

un boleto de la Polla me compré el camión y ahí nació todo. Me levanto cada día a las seis de la mañana, paso por la panadería "El Olivar" a buscar el pan y abro temprano para los vecinos que me esperan.

Todo lo que tengo se lo debo a Dios, a María Elena y a su gente. Aquí encontré respeto, cariño, familia y tranquilidad. Me llaman "tío" o "abuelo", y ese cariño es mi mayor riqueza. Soy un pampino agradecido, que encontró en esta pampa todo lo necesario para vivir.



# Abraham Bugueño

Llevo sesenta años viviendo en María Elena, aunque nací en Pampa Unión y me crié en la Cuarta Región. Mi infancia estuvo marcada por el esfuerzo, éramos catorce hermanos y aprendimos desde niños lo que era trabajar duro y enfrentar la escasez. Recuerdo las largas jornadas viajando en burro para buscar leña y ayudar a sostener la casa. Mi padre trabajaba en el norte y, con sacrificio y amor, enviaba alimento al sur.

Siendo joven llegué a María Elena en busca de trabajo, siguiendo los pasos de un hermano. Venía de recorrer distintas faenas del norte, pero nada se comparaba con la esperanza de volver a estar junto a la familia. Encontré trabajo, pero no tenía un hogar donde traer a los míos desde el sur. Con humildad hablé con los jefes y pedí un callejón lleno de mugre para levantar una ramadita. Cuando me dieron la oportunidad, limpia-

mos ese lugar con nuestras propias manos y así nació nuestro hogar, donde crecieron mis hijos y se fue tejiendo nuestra historia.

En María Elena encontré tranquilidad, cariño y una vida buena. Construí mi negocio junto a mi casa y nunca me faltó el pan, porque en la pampa siempre hay, si no es hoy, será mañana. La pampa me lo dio todo, mi familia, mi trabajo y la felicidad. Doy mi vida por María Elena, porque aquí he sido feliz y aquí quiero quedarme hasta el final.



# Eduardo Ferreira

Nací en Santiago, pero la vida me fue empujando rumbo al norte cuando decidí hacer el servicio militar buscando un cambio profundo. Llegué con miedo, con dudas y con el cuerpo golpeado por la altura, pero también con una convicción clara: quería salir adelante. Aprendí a la fuerza que nada se regala y que cada paso se gana con esfuerzo, incluso cuando parece que el cuerpo no da más.

Después de ese periodo duro, emprendí un camino incierto que me trajo caminando por el desierto, durmiendo a la intemperie, con hambre y sed, hasta llegar a Pedro de Valdivia. Ahí encontré trabajo como panadero, una labor sacrificada que me enseñó disciplina, constancia y orgullo por el trabajo bien hecho. No fue fácil, pero nunca bajé los brazos. Más tarde llegué a María Elena, el lugar que terminó transformándose en

mi hogar. Aquí formé mi familia, crié a mis hijos y aprendí el verdadero valor de la comunidad. Me marcó profundamente ver cómo este pueblo acompaña en los momentos difíciles, cómo nadie queda solo cuando más se necesita.

Hoy agradezco a la pampa por la tranquilidad, por las oportunidades y por la vida que me permitió construir. Creo firmemente que a los jóvenes hay que enseñarles a mirar el futuro, a esforzarse y a aprovechar lo que hoy existe. Mi historia está hecha de sacrificios, caídas y aprendizajes, pero también de esperanza, trabajo y gratitud por esta tierra que me acogió.



# Elena Espinoza

Llegué a María Elena siendo una desconocida, con más sueños que certezas, y fue este lugar el que me abrió los brazos cuando más lo necesitaba. Vine acompañando a mi padre en sus viajes de trabajo, sin imaginar que esta pampa terminaría convirtiéndose en mi hogar y en el escenario de toda mi vida. Aquí aprendí el valor del esfuerzo, trabajando desde temprano en las calles, recorriendo ferias, criando a mis hijos entre jornadas largas y sacrificadas, pero siempre rodeada de cariño.

María Elena me enseñó lo que significa comunidad, personas que te ofrecen un vaso de agua, un plato de comida, una palabra amable. Viví una época donde todos nos conocíamos, donde las fiestas, las Navidades y los juegos en la calle unían a grandes y chicos como una sola familia. Gracias a ese apoyo pude levantar mi propio ne-

gocio, pequeño al comienzo, construido con la ayuda generosa de vecinos que, jamás pidieron nada a cambio.

Aquí crié a mis hijos, los vi crecer, estudiar y convertirse en profesionales. Aunque el tiempo ha cambiado muchas cosas, sigo creyendo que el verdadero encanto de María Elena está en su gente, en el saludo cotidiano, en la conversación sencilla y en esa tranquilidad que no se encuentra en ningún otro lugar. Soy agradecida de esta tierra que me dio trabajo, familia y una vida plena. Por eso digo, con el corazón lleno, que vivir en María Elena es un privilegio y una alegría que llevaré conmigo hasta el último día.

A photograph of an elderly woman with short brown hair, wearing a red long-sleeved top and a necklace, sitting at a counter in a candy store. She is looking directly at the camera with a serious expression. The background is filled with shelves of various candies and lollipops.

# Fresia Urrutia

Llegué a la pampa desde Valdivia en 1976, siendo muy joven, sin imaginar que este lugar marcaría toda mi vida. Vine a conocer a un hermano y fue aquí donde me quedé, donde formé mi familia, conocí el amor, trabajé con esfuerzo y construí todo lo que hoy tengo. Adaptarme no fue fácil, venía de un entorno muy distinto, verde y lluvioso, pero la pampa me recibió con su dureza y, al mismo tiempo, con generosidad. Aquí aprendí a salir adelante.

Comencé trabajando en el negocio de mi hermano y, con el tiempo, encontré mi propio camino hasta levantar mi emprendimiento, uno que refleja mi cariño por la gente y especialmente por los niños. Todo lo que soy y lo que tengo se lo debo a María Elena, porque esta tierra me dio oportunidades que en otro lugar quizás no habría tenido. He pasado la mayor parte de mi vida aquí; por eso digo con orgullo que soy pampina.

Me duele ver cómo muchos jóvenes se van sin valorar este lugar que tanto nos ha entregado. Sueño con una pampa cuidada, con más espacios de cultura, deporte y recreación, donde las nuevas generaciones puedan crecer y sentirse orgullosas de sus raíces. Siempre les digo a mis nietos que no olviden dónde nacieron, que jamás se avergüencen de decir, soy de María Elena, soy pampino. Porque para mí, la pampa lo es todo.

A close-up portrait of an elderly woman with short, white hair, smiling gently. She is wearing a light purple shirt. The background is a textured, light-colored wall. A semi-transparent white circle is overlaid on the right side of the image, containing the text 'Juana Campusano' in a large, white, sans-serif font.

# Juana Campusano

Llegué a esta pampa siendo apenas una niña de 13 años, sin imaginar que aquí encontraría mi verdadero lugar en el mundo. Aunque nací lejos, en Sotaquí, fue María Elena la que me abrazó, me cuidó y me cobijo para siempre. Desde muy joven aprendí a trabajar con esfuerzo, recorriendo calles, ferias, colegios y estadios con mi carretita, vendiendo confites, papas, bebidas y, sin darme cuenta, también sonrisas y cariño. Crecí junto a generaciones de niños que hoy son adultos, pero que aún me recuerdan con cariño como “la Chispita”, ese nombre que nació del afecto y que se quedó conmigo como una identidad muy preciada.

Trabajé toda mi vida con alegría, participando en actividades, olimpiadas y encuentros que transformaron mi trabajo en una verdadera fiesta. Fui respetada, acompañada y muy querida,

y eso es un regalo que guardo en el corazón. La vida también me puso pruebas duras, enfermedades, la pérdida de mi vista y momentos de soledad. Pero nunca estuve realmente sola, porque María Elena y su gente siempre estuvieron ahí, sosteniéndome con amor, preocupación y humanidad.

Hoy, a mis 85 años, agradezco profundamente a esta pampa salitrera que me dio todo, estabilidad, amigos, familia y dignidad. Aquí aprendí que la verdadera riqueza no se mide en cosas, sino en su gente y en el cariño sincero que permanece para siempre.



# Luis Espinoza

Llegué desde el sur en tiempos complejos, buscando trabajo y una oportunidad para salir adelante. El comercio fue siempre mi camino: recorrí ferias, salitreras y ciudades, viví caídas duras y también nuevos comienzos, aprendiendo que nada se construye sin sacrificio ni perseverancia. Cuando regresé definitivamente al norte, tenía una convicción clara, trabajar para responder a las necesidades reales de la gente. Ese sueño pudo hacerse realidad gracias a una persona fundamental en mi vida, mi gran amigo Luis León, quien creyó en mí cuando no tenía nada. Con su ayuda desinteresada nació mi local Sol Naciente, un espacio pensado no solo para vender, sino para servir, para acercar productos, bajar costos y evitar que las familias tuvieran que irse fuera del pueblo para cubrir lo básico. Todo lo que soy y lo que he logrado se lo debo

en gran parte a él, y su recuerdo me acompaña cada día con profunda gratitud.

Hoy, con más de setenta años, miro atrás con orgullo. He formado mi familia, he crecido junto a María Elena y sigo convencido de que este lugar tiene un valor inmenso: su tranquilidad, su cercanía y su gente. En sus 100 años, mi deseo es que cuidemos ese espíritu y sigamos construyendo futuro desde el corazón del pueblo, pensando siempre en dejar un legado a quienes vienen después.



# Margarita González

Desde muy pequeña entendí que la vida cobra verdadero sentido cuando se comparte, y ese aprendizaje ha guiado cada una de mis decisiones. Nací en la oficina Vergara, pero desde los seis años mi hogar ha sido María Elena, el lugar donde aprendí a servir y a quedarme. Mi camino siempre ha estado marcado por estar atenta a los demás y tender una mano cuando alguien lo necesita. Durante años ayudé en los centros de madres y, más adelante, entregué tiempo y cariño a nuestros abuelitos, con quienes compartí no solo trabajo, sino también afecto y compañía.

Las manualidades son mi mayor alegría. Crear con mis propias manos y enseñar a otros se transformó en mi forma de comunicarme con la comunidad y de mantenerme activa en este rincón del desierto que tanto amo. En 1981, mi familia emigró en busca de nuevos rumbos, pero

yo sentí un llamado distinto. Año tras año postergué la partida, diciendo siempre: “me quedo un año más”, hasta que mis raíces se volvieron definitivas.

Hoy vivo sola, pero nunca me siento en soledad, porque mi familia es este pueblo y su gente. María Elena me ha regalado permanencia y reconocimiento. Los premios emocionan, pero lo más valioso es seguir enseñando lo que sé. En este centenario, mi mensaje es simple: compartir el saber nos mantiene unidos. Elegí quedarme por amor a mi tierra. Mi vida es este desierto, mis manos que no se cansan de crear y mi corazón que se niega a partir.



## Nelly Fierro

Cuando miro hacia atrás y repaso mi vida, siento una profunda gratitud por todo lo vivido en esta tierra que me acogió. Llegué al norte con mis hijos pequeños, con más sueños que certezas, y fue la pampa la que nos dio la oportunidad de salir adelante. Aquí trabajé duro, primero como empleada, luego haciendo pan con mis propias manos, y más tarde atreviéndome a emprender en la Feria Redonda sin saber casi nada, pero con una fe inmensa en Dios y en el esfuerzo honesto.

Cada negocio que levanté fue fruto del sacrificio, de la constancia y del apoyo de mi familia, especialmente de mis hijos, que son mi mayor orgullo. Gracias a este trabajo pude educarlos, verlos convertirse en profesionales y formar sus propias familias. He vivido momentos muy duros, pérdidas, incendios, dificultades econó-

micas, pero nunca me he rendido. Siempre he sentido que Dios me acompaña y me da fuerzas para seguir.

María Elena no es solo el lugar donde vivo, es mi hogar. Aquí somos como una gran familia, nos conocemos, compartimos alegrías y penas, y aprendimos a ayudarnos. Espero que las nuevas generaciones cuiden esta tierra, estudien, trabajen y valoren la pampa, porque aquí sí se puede surgir, tal como yo lo hice, con esfuerzo, fe y amor por lo que uno hace.



# Nicanor Briceño

Cuando miro hacia atrás y repaso mi historia, siento una profunda gratitud. Nací lejos de esta tierra, pero fue la pampa la que terminó dándome un lugar, un trabajo y una vida. Llegué joven, casi sin saber qué me esperaba, después del servicio militar, buscando una oportunidad como tantos otros que llegaron con sueños y pocas certezas. María Elena me abrió las puertas cuando vi aquel letrero que decía que se recibían operarios, y desde entonces este lugar se transformó en mi hogar definitivo.

Aquí formé mi familia, vi crecer a mis hijos y aprendí que el esfuerzo constante siempre trae frutos, aunque el camino muchas veces sea duro y lleno de sacrificios. Hubo momentos buenos y otros muy difíciles, pero nunca me faltaron las ganas de seguir adelante. Trabajé en la empresa, fui comerciante, chofer y emprendedor, y con

trabajo honesto logré levantarme una y otra vez. Todo lo que tengo hoy, mi casa, mis vehículos y la tranquilidad de mi familia, se lo debo al esfuerzo realizado en esta tierra.

María Elena me lo dio todo. Aquí nacieron mis hijos, aquí están mis recuerdos más lindos y la felicidad más profunda. Por eso agradezco cada oportunidad y cada persona que me tendió una mano. Mi mayor deseo es que las nuevas generaciones valoren este lugar, sean humildes y no olviden que, con respeto, trabajo y perseverancia, todo se puede lograr.

A portrait of Orieta Salfate, an elderly woman with long, wavy, grey hair, wearing a black t-shirt with a circular graphic. She is standing in a room with wooden paneling and a window with white shutters in the background. The name 'Orieta Salfate' is overlaid on the left side of the image in a large, white, sans-serif font.

# Orieta Salfate

Hace ya 73 años nací en María Elena, hija de padres que llegaron muy jóvenes a esta pampa para entregarle su vida al trabajo. Crecí junto a mis tres hermanas, unidas por el esfuerzo y la familia. Con el tiempo, dos de ellas partieron a construir su camino fuera, pero yo decidí quedarme. Este pueblo se volvió mi raíz, el lugar que me vio crecer, caer y volver a levantarme. Mi vida ha tenido alegrías y dolores profundos, pero cada experiencia me enseñó que incluso las pruebas más duras fortalecen el alma.

Fui madre y formé una familia, y cuando la vida me puso desafíos, aprendí a reinventarme. Tras comenzar de nuevo, construí mi hogar desde cero, levantándolo con sacrificio y esperanza. Durante años trabajé en agencias de buses, recibiendo pasajeros y orientando a quienes llegaban sin conocer este lugar. Ese trabajo me

permitió conocer muchas historias y aprender el valor del servicio. Más adelante, con esfuerzo y sin experiencia previa, levanté mi querido Salón de Té Amaretto, un espacio sencillo donde aprendí desde cero a cocinar y atender, poniendo el corazón en cada detalle. Hoy, cuando personas regresan después de años solo para saludarme y agradecer cómo los atendí, siento que todo valió la pena.

En este centenario, deseo que María Elena siga siendo un hogar de puertas abiertas, con esperanza y un futuro que honre su historia.



# Silvia Aguilera

Aunque crecí en Ovalle junto a mi abuela, mis veranos siempre estuvieron cerquita del salitre; María Elena era mi refugio de vacaciones porque aquí vivían mi madre y mis hermanos, pampinos de cepa. A los 19 años decidí que este sería mi lugar definitivo. Llegué buscando independencia y el trabajo me abrió ese camino; tener mis propios recursos me dio una libertad que, en tiempos de crianza estricta, era un verdadero tesoro. Recuerdo con cariño esa María Elena donde nos cuidábamos entre todos y las amistades se sentían como familia.

Con los años, y ya siendo madre, nació **El Rinconcito**, un negocio que levanté con esfuerzo y constancia. Comenzó como una oportunidad y terminó siendo parte de mi vida. Por más de veinte años ha crecido junto a mis hijas, convirtiéndose en un lugar conocido y querido por la

comunidad. No ha sido fácil, pero siempre seguí adelante, porque este trabajo me permitió salir adelante y estar cerca de la gente. He visto cambiar un poco nuestro pueblo, pero mi orgullo por esta tierra sigue intacto.

Vivir aquí es hacer patria. Soportamos un calor que a otros les parece imposible, pero que nos ha hecho fuertes. En este centenario, mi mensaje es de gratitud y pertenencia. María Elena es grande por su gente. Soy una mujer agradecida de la pampa, convencida de que aquí aún queda mucha vida por compartir.



*El vagón*

Daniel Jimenez





"Fotografías originales utilizadas en la portada de este libro".





Iniciativa financiada por el Gobierno Regional de Antofagasta, con recursos del Fondo Nacional de Desarrollo Regional por un monto de \$60.000.000, F.N.D.R., 8% línea Cultura, año 2025, aprobados por el Consejo Regional de Antofagasta.

